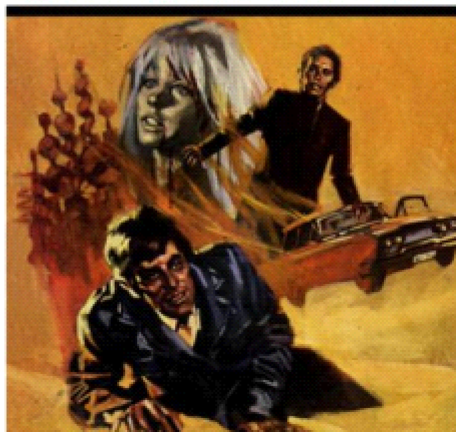
BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

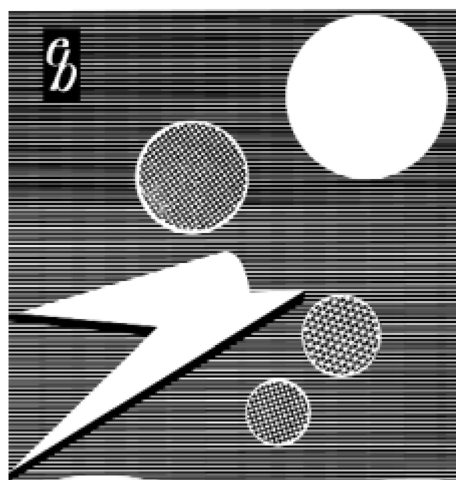
ESCRITO EN EL TIEMPO

SILVER KANE

CIENCIA FICCION




BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del
ESPACIO
ESCRITO EN
EL TIEMPO
SILVER KANE
CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

SILVER KANE

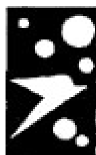
ESCRITO EN EL TIEMPO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 181

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 44.539 - 1973

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1974

De EDITORIALBRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personales y entidades privadas queaparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginacióndelautor, porlo quecualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS

PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

176. — El planeta de los árboles vivientes, J. Chandley.

177.— Las espadas del Cosmos, Curtis Garland.

178. — La nueva raza, Marcus Sidéreo.

179. — El cerebro, SilverKane.

180. — Murió mil veces, Curtis Garland.

CAPITULO PRIMERO

Milton entró en el bar de Joe, donde hacía más de un año que no ponía los pies. Desde que tuvo una discusión sobre la calidad del whisky que servían, habíatrasladado sus preferencias a otro bar situado media milla más lejos, y donde además acudían con regularidad algunas chicas alegres. A Milton le gustaban las chicasalegres, como sabía todo el mundo en Secretville; bueno, a Milton le gustaban todas las chicas. Por eso el dueño del Joe pensó que aquel cliente no volvería más, puesaparte de la discusión que habian tenido, en su establecimiento no solían entrar mujeres. Y eso motivó su sorpresa enorme al verle atravesar de nuevo el umbral.

Le sonrió como si no hubiera pasado nada.

Por su parte, la discusión que tuvieron ya había sidoolvidada hacía tiempo.

Además, Milton era de los que gastan en los bares,por lo cual interesaba que de vez en cuando se volviesea dejar caer por allí. La caja lo agradecería.

—Hola —dijo Joe—. ¡Qué sorpresa, muchacho...! Yahacía un año que no ponías los pies aquí.

—Un año casi justo —dijo Milton—. Pero me han asegurado que ahora servías mucho mejor whisky.

—Siempre lo he servido bueno, Milton. No tengas manías, hombre.

Y le puso delante, en la barra, un vaso y una botellade la mejor marca que tenía. Era un “bourbon” más queaceptable. Milton bebió, pero Joe tuvo la sensación deque lo hacía con desinterés, de que no se fijaba en absoluto en lo que estaba bebiendo. Entonces, ¿para qué diablos había vuelto? ¿Sólo para darles el dudoso placerde que le vieran otra vez?

Se ajustó un poco la estupenda cazadora de piel quellevaba y

dijo:

—Vaya tiempecito, ¿eh? Pronto se nos va a echar elinvierno encima.

—Sí —dijo Joe—. Cochina vida esta vida de Secretville.

Y miró distraídamente por una de las ventanas de suestablecimiento. A cualquiera le hubiese extrañado queuna ciudad se llamase Secretville, pero Joe ya se habíaacostumbrado. Para él era tan natural aquel nombre como el de Nueva York o el de San Francisco. También leparecía natural que debajo del cartel con la mención dela ciudad hubiese una indicación que decía: "Prohibidoel paso".

Un puesto de guardia hacía cumplir eficazmente aquella orden. Nadie entraba en Secretville sin un permisoespecial.

Los ojos de Joe se fijaron en la espléndida anatomíade Milton, que hubiera podido ser perfectamente un campeón de lucha libre. Se fijó también en sus faccionesun poco brutales, un poco cerradas. Aunque Milton pagaba bien y en general era correcto, había algo en él queno acababa de gustarle.

Desde allí, los ojos de Joe siguieron hacia el exteriorde la ventana para mirar el desierto que desde todas partes rodeaba a Secretville. Pese a que se encontraba a poca distancia de Phoenix, en la legendaria Arizona, y pesea que Phoenix era una ciudad muy poblada y alegre, dabala sensación de que Secretville se hallaba en el centro de un paraje lunar. Durante millas y millas, no se distinguía la huella de un hombre. Sólo de tarde en tarde runruneaba en las afueras un motor. El centro de la ciudadsí que estaba animado, con sus bares, sus cines y restaurantes, pero todo aquello iba languideciendo. Cada vezhabía menos gente en Secretville, que era una ciudad sinfuturo. Ahora contaría apenas cinco mil habitantes.

—¿Quieres probar otra marca, Milton?

—No. Esta es aceptable.

—¿Cuánto tiempo te queda de vivir en Secretville?

—Yo he renovado mi contrato —contestó Milton—. Pasaré aquí al menos un par de años más.

—Ya llevas dos cumplidos…

—Sí, Joe. Dos.

Tomó la botella y se sentó en una mesa. Había unoscuantos periódicos allí cerca, en una estantería. Como siel tiempo no existiera en Secretville, como si aquello nosiguiera las mismas leyes que el resto del mundo, los periódicos eran atrasadísimos. Algunos de ellos tenían másde dos años, o sea, eran anteriores a la llegada de Milton.El joven hizo un gesto de descontento.

—¿Pero es que no ha llegado la Prensa del día? —preguntó—. ¿Qué diablos es toda esta bazofia?

—Ah, perdona... Mi hijo colecciona periódicos, ya losabes. Ha olvidado ahí esos que tenía que clasificar.

—Pues vaya manía...

Milton tomó uno de los rotativos. Era de Nueva York.En la portada, ocupando una columna, estaba la fotografía de una preciosa muchacha.

Debajo, la información era sucinta, pero estremecedora:

"SALVAJEMENTE VIOLADA Y ASESINADA”

El texto indicaba que Rossalind Moore, sobresalienteingeniero que había obtenido las mejores calificacionesdel país, fue hallada en su apartamiento de Manhattanmuerta a golpes. Nadie había oído los rumores de lucha porque el edificio de apartamentos era pequeño ytodo el mundo estaba fuera a aquella hora del domingo.La muerte de Rossalind había sido brutal y despiadada,pero se daba además un detalle estremecedor. El asesino —del que no se tenía la menor pista— la había ultrajado antes.

Sus ojos se entrecerraron.

Milton dejó el periódico en su sitio.

Preciosa foto la de la tal Rossalind.

Grandes, quietos, profundos y enigmáticos ojos.

Tierna boca que parecía hecha para el amor.

Acababa de dejar el periódico en su sitio cuando elmotor de un automóvil runruneó junto a la puerta delbar. Un magnífico “Ford” último modelo se detuvo. Deél descendió una muchacha que avanzó hacia la puertadel Joe.

Llevaba viniendo allí tres días seguidos a la mismahora.

Solía comprar unas provisiones y se iba. Joe disponía de un pequeño "self-service” en el fondo del bar.

La chica le sonrió y avanzó.

Tenía unos grandes, quietos, profundos y enigmáticosojos.

Una tierna boca que parecía haber sido hecha parael amor.

Unas sólidas y juveniles curvas.

Los ojos de Milton se clavaron en ella.

Y entonces tuvo Joe una oscura sensación. Entoncescreyó adivinar por qué Milton había vuelto allí, abandonando su bar de costumbre. Volvió porque sabía que lachica llevaba tres días seguidos acudiendo allí, y sin duda quería hacerse el encontradizo con ella.

Las previsiones de Joe, sin embargo, no se cumplieron. Cuando esperaba que Milton aprovechase la ocasión para hablar con la muchacha, él no despegó los labios. Se limitó a mirarla hasta que ella hubo pagado,desapareciendo.

Luego se acercó a la barra de nuevo.

—¿Quién es?

—No la conozco —dijo Joe.

—Pero lleva días viniendo aquí, ¿no?

—Siempre a la misma hora. ¿Es que te habías fijadoen ella?

—Si.

—¿Te gusta?

Milton hizo:

—Hum...

—Debe ser la hija de alguno de los ingenieros —dijoJoe pensativamente—. No puede ser ninguna de esas chicas alegres a las que dieron permiso de residencia aquí,para que hiciesen más soportable la vida de los que trabajan en Secretville.

—Secretville... —dijo Milton con desprecio—. Malditopara lo que sirve esta ciudad del demonio. En un lugarperdido, la edificaron para controlar las pruebas nucleares subterráneas que se efectuarían en el desierto, peromás tarde se dieron cuenta de que no, de que Phoenixestaba demasiado cerca. A pesar de ser subterráneas laspruebas, podía haber peligro. ¿Y qué hicieron en lugarde desmantelar la ciudad y abandonarla? Pues nada. Nohicieron nada... No sé qué idea tienen los cochinos capitostes del Gobierno, y si de todos modos piensan experimentar algo aquí, pero de una forma u otra, en Secretville siguen una barbaridad de ingenieros y de militarescon sus familias, rodeados de centros de diversión y dechicas alegres para que la vida se les haga “más llevadera" en este sucio pedazo de desierto. —Milton pareció darun puñetazo al aire antes de añadir—: Te diré claramente que ya estoy harto, Joe. Yo soy uno de los técnicos,pero no sé qué hacemos en esta maldita ciudad. Preparamos sistemas de seguridad y nuevos materiales contralas radiaciones, pero ¿justifica eso la existencia de un lugar así? ¿No están tirando el dinero?

—Secretville no durará —dijo Joe, pensativamente—.Por desgracia no durará y mi negocio se irá al agua. Yate habrás dado cuenta de que el número de empleados sereduce progresivamente. Dos años más y ya no quedaránadie.

Milton hizo otro gesto de hastío.

Pagó y salió.

Entonces se dio cuenta Joe de que había llegado hasta el bar en moto. Era una fantástica “Harley-Davidson”de 1.200 centímetros cúbicos, capaz de adelantar a cualquier coche en un terreno sin obstáculos como era eldesierto. Montó en ella y siguió las profundas marcas delas ruedas del coche, que ya se había perdido de vista.

Entrecerró los ojos.

Resultaba extraña la ruta que seguía aquel "Ford” pilotado por la muchacha.

No iba a la ciudad, sino que se adentraba en el desierto. Y el desierto estaba lleno de zonas prohibidas alas que no se permitía

dirigirse a nadie, pues se suponía que en ellas quedaba radiactividad. Más allá de lascolinas, sobre todo, empezaba prácticamente un mundodesconocido en el que hacía prácticamente dos años queninguna persona ponía los pies.

¿Qué iba a hacer el coche allí?

De todos modos pronto lo sabría.

Y los pensamientos de Milton se concentraron entonces en un solo punto: era la brillante chapa del coche alque estaba dando alcance, y dentro de la cual iba la preciosa muchacha. En cierto modo era una suerte que sedirigiera a un lugar tan deshabitado. El sólo había pensado en una primera toma de contacto para darle confianza, pero se le estaba presentando inesperadamente lagran ocasión. Allí nadie les sorprendería.

Dio más gas a la poderosa máquina.

La muchacha también corría mucho en aquel terrenosin obstáculos, pero no podía superar la fantástica velocidad de la“Harley-Davidson”.Milton pronto se situódelante de ella y le hizo señas para que se detuviese.Obró enteramente como hubiese obrado un motorista detráfico.

Ella detuvo el “Ford”

Parecía algo sorprendida.

Para no inquietarla, Milton no la miró directamente,sino que dejó pasear sus ojos por el paisaje. Se dio cuenta entonces de una cosa singular. Más allá de las colinas pedregosas, en la zona donde nunca penetraba nadie, la luz del sol parecía distinta. Era un poco más dulce y débil, como si allí anocheciera antes. Pero todo elque ha vivido en el desierto conoce las extrañas variaciones de la luz, que se producen por simples cambios locales de temperatura, de modo que Milton no hizo caso.

Además tenía otras inquietudes.

U otros deseos.

Sus ojos se nublaron un momento al ver las fantásticas curvas de la chica, que acababa de bajar del coche.Llevaba un vestido muy ligero y bajo él se marcaba poderosamente su cuerpo. Las mujeres de vida alegre quehabía en la ciudad, y a las cuales se había

acostumbradoMilton, eran el desecho de todos los tugurios de los Estados Unidos. Hacía falta que una profesional del amorestuviera muy desesperada por falta de clientes para venir a vivir a un sitio como Secretville, donde el aburrimiento flotaba como un inmenso buitre, pero donde almenos había “trabajo”.

¡Quémaravillosamentedistinta resultaba esta otramuchacha!

¡Qué perfección!

¡Qué líneas...!

Y como se parecía a...

Por los ojos de Milton parecía pasar otra vez la fotografía que había visto en el periódico atrasado, pero enseguida esa imagen se borró de ellos. La muchacha había preguntado con suavidad:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Milton.

—¿Y por qué me ha detenido?

—Controlo la zona —mintióél—. Nodudode queusted ha tenido un permiso para entrar en Secretville,pero ahora está equivocando el camino. Por ahí no seva a ninguna parte. Mejor dicho, se va a unas zonas prohibidas donde nadie pone el pie.

—¿Por qué?

—Se supone que hay radiactividad.

—Está bien —dijo ella—. Gracias por avisarme, señorMilton. Volveré por el mismo camino.

Y fue a sentarse de nuevo ante el volante.

Sus gestos estaban llenos de indiferencia.

Milton se dio cuenta de que no se había ganado suconfianza y de que no quería conversación: Se dio cuenta además de que estaba perdiendo una fantástica oportunidad, una oportunidad que quizá no volvería a repetirse nunca.

Alzó una mano y dijo:

—Espere.

—¿Qué pasa?

—Lleva mal cerrado el capó. Si corre, puede levantarse y, de pronto, privarla totalmente de visibilidad.

Ella salió del vehículo para verlo. Por un momentoestuvo de espaldas a Milton, que había fingido interesarse también por el coche.

Entonces él descargó un terrible golpe.

Fue un mazazo a la nuca.

Un verdadero impacto de campeón de "catch", y además perfectamente medido, de forma que la muchachano muriera, sino que perdiese tan sólo el conocimientopor unos minutos.

Ella gimió y cayó blandamente a tierra.

La arena del desierto la cubrió en parte.

Era una arena suave y casi mórbida.

Cuando la muchacha empezó a recobrar el conocimiento, cuando se revolvió, cuando se dio cuenta de loque pasaba, aquella cosa horrible estaba sucediendo ya.Milton la apresaba contra la arena. La había buscado ansiosamente y hacía con ella lo que había hecho con tantas mujeres fáciles, pero de una forma muy distinta.

La hembra se revolvió desesperadamente.

Chilló con toda su ansia.

Con toda su angustia.

Fue inútil.

Nadie la oía desde la lejana Secretville, y nadie podíaauxiliarla tampoco en aquel pedazo de desierto. Miltonestaba completamente seguro de sí mismo. No se dio prisa en satisfacer su miserable instinto, sabiendo que nadie vendría a interrumpirle.

Al terminar, vio que la chica tenía los ojos desencajados.

Estaba a punto de sufrir un colapso.

Pero Milton no se impresionó. De todos modos lasuerte de la mujer ya estaba decidida. La arrastró comoun fardo y la sentó ante el volante. Ella era una especiede autómata que no tenía voluntad. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Milton se sentó a su lado, puso en marcha el vehículo y dio gas después de meter la primera. Aunque estaba sentado en el puesto que no correspondía al conductor, sus largas piernas le permitían hacer todo aquello. Hizo que la muchacha pusiera el pie en el pedal delgas y él se lo apretó con la suela de su zapato, de formaque ella no pudiera librarse. Así conducía el "Ford", encontra de su voluntad, a una velocidad fantástica.

Iban rectos hacia una de las colinas.

Ella chilló desesperadamente.

No podía desviar la dirección porque Milton manteníaquieto el volante con manos inamovibles. Cuando vio queel automóvil iba lanzado hacia la colina pedregosa, hizoalgo que sólo un verdadero atleta podía hacer. Soltó elvolante, dejó a la chica, abrió la portezuela y saltó al vacío. Había escogido cuidadosamente el sitio, de modoque fue a caer sobre un blando lecho de arena.

Ella apretó el freno desesperadamente.

Pero ya le fallaban los reflejos.

Apenas veía.

Lo que le pareció un frenazo espectacular, fue en realidad un patinazo lento. El coche se estrelló contra lacolina y quedó parado con serios desperfectos en el capó,pero sin que a la chica le hubiera ocurrido nada grave.

Sólo perdió el conocimiento a causa del golpe. No sepudo dar cuenta de que Milton venía cojeando y abríael depósito de gasolina, dejando caer un fósforo en elinterior. Inmediatamente saltó con la agilidad de ungamo.

Dio dos vueltas sobre sí mismo.

Quedó tendido en una hondonada.

La explosión casi le ensordeció. El coche se habíaconvertido en una tremenda bola de fuego. Ni siquieraen las películas en que se

emplean trucos había visto elasesino nada tan espectacular y tan impresionante.

De la muchacha no iba a quedar nada.

Y del "Ford" sólo unos restos calcinados en los que seapreciaría una sola cosa: un golpe que pudo provocarun corto circuito y un incendio del tanque. En cuanto altapón de éste, que no aparecería en su sitio, podía pensarse que había saltado a causa de la misma fuerza expansiva del aire caliente.

Mientras veía el incendio, se frotó las manos.

Era muy dudoso que vieran nada desde Secretville.En todo caso, ya no le importaba. Se sacudió el polvode las ropas y fue a buscar su poderosa moto, que habíaquedado tumbada a cierta distancia.

Los músculos le dolían. Sobre todo tenía una piernacasi agarrotada a causa del golpe, pero eso no le impediría volver tranquilamente a Secretville. Puso en marchala "Harley" y rodó por entre los difíciles caminos de arena y piedras.

Sus ojos estaban entrecerrados.

No sentía el menor arrepentimiento, el menor dolor.Ya había hecho aquello dos veces más. La última en Nueva York, precisamente con una muchacha que se parecía fantásticamente a ésta. La muchacha cuya muerteacababa de leer en el periódico atrasado.

Apretó los labios.

Un periódico atrasado... Tenía gracia. Como si él nosupiera muy bien lo que había ocurrido en Nueva York.

Como si no estuviera en Secretville precisamente poreso, para huir de la policía que ya había empezado a hurgar en torno a él y a encontrar algunas débiles pistas.

¿Cómo, si no, un técnico como él, bien pagado en laindustria privada, hubiese buscado aquel empleo en lamaldita ciudad secreta? ¿Por qué iba a enterrarse en unsitio como aquél, donde no había apenas nada que hacer, y que sólo se mantenía gracias a la tozudez de losgenerales del Pentágono?

Pruebas y más pruebas en laboratorios donde sóloentraban los técnicos... Experimentos que no servían para nada... Y sobre todo no

decir una palabra a nadie, nisiquiera a la familia. Todo allí era secreto. Había microsocultos en cualquier parte: en las mesas de los bares,en los cines, en los coches, en las habitaciones dondeuno se reunía con las mujeres de vida alegre. Si uno soltaba una palabra de más, desde el centro de control deSecretville podían averiguarlo. Y una averiguación de esaclase costaba una comparecencia ante la corte marcial.

Milton sospechaba también que algunas de las mujeres que tenían permiso de residencia en la ciudad estabanpagadas por la CIA. Por eso no gastaba apenas saliva conellas. Por eso no le gustaban, aunque no supiera resistirse a su compañía.

Mientras pensaba en todo eso, rodando a la máximavelocidad de su moto, creyó notar otra vez aquella cosaextraña a su espalda. Incluso se volvió. Y entonces tuvola completa seguridad de que más allá de las colinas,entre las que seguía ardiendo el coche, la luz había cambiado de color. Era una luz distinta, casi irreal, una luzque no parecía surgir de ningún punto.

Giró la cabeza de nuevo para mirar el camino.

Y entonces estuvo a punto de perder el equilibrio.La moto dio un brinco, a causa del tremendo vaivén queél imprimió al manillar, y por poco da con los huesosen tierra. Sólo la pericia y la facilidad de reflejos deMilton consiguieron salvarle en el último momento, peroaún así las ruedas quedaron profundamente marcadas enla arena del desierto.

Y todo había sido por aquella especie de fantasma.Por aquel extraño individuo sin edad, vestido de negro,que paseaba por el desierto una mirada melancólica. Daba la sensación de haber surgido de la mismísima tierra.Por lo menos Milton se lo encontró tan cara a cara queestuvo a punto de chillar, como si acabase de ver a unaparecido.

El hombre tenía una voz impersonal y lejana.

Parecía como si aquella voz surgiese desde más alládel tiempo.

—¿No puede llevarme hasta Secretville? —preguntó—.Su moto es potente y grande.

—¡Váyase al infierno...!

—Yo sólo quería ayudarle —dijo el hombre de la vozlejana—. Mi única intención era serle útil, señor Milton.

El asesino hubiera tenido que estremecerse por elsolo hecho de que aquel individuo conocía su nombresin haberle visto jamás. Pero en realidad no llegó a oíraquella última frase, o al menos no la oyó bien. Cuandoaquel extraño fantasma habló, él ya había dado gas a lamoto y se volvía a alejar rabiosamente. Las calles deSecretville no estaban lejos y quería dar parte del accidente del “Ford”, como si lo hubiera presenciado sinpoder intervenir en él. Por descontado que, con lo quequedara de la chica, ni los Siete Sabios de Grecia podrían descubrir jamás que antes había sido golpeada yultrajada.

Pero Miltonyaibademasiadonervioso. Labruscaaparición de aquel hombre, de aquel fantástico desconocido en el borde del desierto, le había sacado de quicio. Por otra parte, una de sus piernas seguíarígida.Cuando tenía que cambiar de marcha, lo hacía a destiempo y mal.

Así fue como ocurrió el accidente, un accidente delcual sólo se dio cuenta mientras ya estaba volando porlos aires. Durante un cambio de marchas mal realizado,la rueda trasera había patinado en la arena. La motose elevó por los aires y fue a aterrizar veinte yardasmás allá. Milton no tuvo tanta suerte como la primeravez, y cuando chocó contra el suelo todo su esqueletopareció estallar. Lanzó un alarido mientras alzaba la cabeza desesperadamente. Fue entonces cuando notó en lacara el contacto caliente de su propia sangre.

Todo el cuerpo le dolía de una forma espantosa.

Le pareció que estaba reventado por dentro.

Perdió el sentido mientras oía una sirena lejana queparecía llegar desde el fondo de Secretville. La sangrellegó hasta su boca. Notó que tenía un sabor dulzón, espeso, caliente... El sabor entre podrido y maléfico quelas cosas adquieren en las tumbas.

* * *

—Pronto. Hace falta una transfusión de sangre.

El doctor Doyle, jefe de los servicios médicos de Secretville, no era precisamente un as dentro de su profesión. Si se había encerrado en aquel lugar maldito eraporque en ningún otro sitio hubiese tenido un sueldoseguro. En un hospital normal no le hubiesen tenido aprueba

ni dos semanas.

Sin embargo, esta vez veía las cosas claras. El heridono tenía ningún hueso roto, lo cual era casi milagrosodespués del terrible impacto que su cuerpo había sufridoal chocar con las piedras. Pero en cambio se había producido un corte en el femoral y por allí perdía la sangrea chorros. Si llegan a rescatarle cinco minutos después,ya le hubieran encontrado muerto.

—¿A qué esperas? —masculló—. ¡He hablado de unatransfusión de sangre!

La enfermera jefe miró la placa que obligatoriamente llevaban colgada del cuello todos los técnicos empleados en Secretville.

—No tenemos ese grupo —murmuró—. Lo siento.

—¿Pero… qué dice?

—Lo que acaba de oír, doctor Doyle. Reclamamos lasemana pasada, pero aún no nos han enviado. Esto cadavez está más descuidado y usted lo sabe. Desde que sehabla de eliminar Secretville, ya no nos envían ni plasma.

Doyle no perdió la serenidad.

—¿Cuántas personas de las fichadas en la ciudad tienen ese mismo grupo sanguíneo? —preguntó.

—Tres.

—Pues llame a dos de ellas. Darán sangre a Milton.

—No puede ser, doctor. Una de esas personas es unamujer parturienta. La otra se encuentra de permiso enPhoenix. En cuanto a William, usted sabe que le estamosatendiendo de fiebres tifoideas, por lo que no creo seaprudente hacer eso con él. De todos modos le llamaré.

Doyle se sintió perdido de pronto. Murmuró:

—Dios santo…

Le daba una terrible sensación de impotencia ver morir a un hombre por falta de sangre, mientras a escasadistancia de allí, en Phoenix por ejemplo, los hospitalesdebían tener reservas al menos para veinte o veinticincodías.

La enfermera susurró:

—Podríamos enviarlo en el helicóptero...

—Es inútil. Ni para eso hay tiempo.

Miró aturdido a aquel hombre que iba a morir. Habíacerrado ya la herida, pero el faltar sangre en sus venas,Milton acababa de entrar en coma. La falta de presiónen las arterias era total. Como máximo se le podían darquince minutos de vida.

Y en ese momento se abrió la puerta.

Vio a aquel hombre vestido de negro.

Era un hombre extraño.

Un desconocido.

Parecía no tener edad.

Sus ropas estaban limpias, pero en sus zapatos seapreciaba claramente el polvo del desierto.

Doyle tuvo un estremecimiento.

No supo por qué.

Con voz espesa preguntó:

—¿Quién es usted?

El desconocido no contestó. Ni siquiera miró a Doyle.Señaló simplemente al herido mientras decía:

—Creo que necesita una transfusión de sangre, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

—Basta con verle. Dígame: ¿la necesita o no la necesita?

—Pues claro que sí... Y lo que me temo es que dentro de cinco minutos ya sea demasiado tarde.

—No se preocupe —dijo el desconocido mientras paseaba por el recinto una mirada melancólica—. Por esoestoy aquí.

—Hará falta realizar un análisis antes. Ver si es desu grupo...

—No se preocupe. Actúe y no pierda el tiempo. Ustedlo ha dicho, ¿no? Dentro de cinco minutos puede ser demasiado tarde. Pues muévase.

Se había quitado la americana y se recogía las mangas de la camisa, mostrando unos brazos delgados yblancos donde las venas se marcaban claramente. Habíatanta seguridad en sus gestos que el médico no se atrevió a oponerse. No sabía qué había en aquel hombre, pero algo en él hipnotizaba. Era como si sus órdenes nopudieran discutirse, como si después de oírle hablar noquedara más remedio que obedecer.

—Tiéndase ahí —dijo.

El hombre obedeció a su vez. La enfermera jefe hundió una aguja en la vena más saliente y lo preparó todopara la transfusión. Segundos más tarde, la sangre de aquel desconocido entraba lentamente en el cuerpo deMilton.

El donante ni siquiera pestañeaba.

Le sacaron una cantidad excesiva. Queriendo salvar aMilton, el doctor Doyle no se dio cuenta de que poníaen peligro la vida del otro.

Pero éste seguía sin pestañear.

El médico susurró:

—Bueno, ya está. ¿Cómo se siente?

—Bien...

—Descanse un poco. La enfermera la dará un tónico.No sabe usted el bien que acaba de hacer, señor... ¿Cómo se llama?

—Mi nombre no tiene importancia —dijo el desconocido—. Al fin y al cabo hace muy poco que he llegadoa la ciudad. Me conocerá todo el mundo a su debidotiempo.

—¿Es ingeniero?

—Sí.

—¿Dónde va a trabajar?

—Supongo que en la sección de Proyectos.

El médico se volvió hacia Milton. La presión sanguínea de éste se recuperaba velozmente. Algunos reflejosvitales comenzaban a funcionar otra vez.

—Llévenselo —dijo—. Yo estaré dentro de cinco minutos con él.

Se volvió de nuevo hacia el desconocido.

Pero éste ya no estaba. Se veía simplemente oscilaruna puerta. No quedaba de él más que aquel rastro;en la sala se mascaba el silencio.

El médico corrió hacia la puerta.

La empujó para llamar a aquel hombre, que aún tenía que estar en la calle. No podía marcharse así. Su propia vida estaba en peligro.

Pero ya no vio nada. Sólo el desierto interminable,quemado por el sol, más allá de las casas.

La luz de la calle —pero él no se dio cuenta— parecía por unos instantes haberse hecho distinta.

CAPITULO II

Milton entró en el bar de Joe una semana después.No lo hizo durante el día, como era su costumbre, sinopor la noche, cuando debía faltar una hora aproximadamente para el cierre. Le sorprendió ver el buen aspectoque tenía Joe, el cual parecía haberse rejuvenecido, lesorprendió ver lo magníficamente decorado que estabasu bar y, sobre todo, le sorprendió la perfección de lamúsica. Un equipo estereofónico como aquél no lo había visto jamás, del mismo modo que no había vistojamás una pantalla de televisión de aquella clase.

Milton estaba literalmente asombrado.

Le parecía increíble que en una semana hubieran podido cambiar tantas cosas.

Cuando dejó en la puerta su coche y se olvidó de aquella maravillosa luna llena sobre el desierto, una lunallena que llegaba a hacerse obsesionante, le pareció quetodo aquello era un sueño. Había que ver el dinero queJoe se había gastado en reformas en una semana. Y lacantidad de aparatos que había adquirido. La barra erala misma, así como los anaqueles para las botellas, perola coctelera que ocupaba un ángulo resultaba una cosaasombrosamente nueva. Consistía en un teclado puestosobre una de esas máquinas automáticas que sirven cafés o bebidas. Uno marcaba las características del combinado que quería. Por ejemplo, pulsaba las palabras"estimulante", "frío", "sabor a anís", "un punto de canela" y todo lo que deseaba para su bebida, en un teclado amplísimo y tan perfectamente ordenado que apenashabía que buscar. La máquina, que era un auténtico cerebro electrónico, elegía las bebidas más adecuadas, lasdosis más correctas y servía la combinación en deliciosascopas rodeadas de hielo. Era magnífico.

Pero más asombró a Milton la televisión.

Aquello sí que era una novedad.

Y aquello sí que era gastarse el dinero.

La televisión consistía en una enorme pantalla queocupaba toda la pared del fondo. Más claro: la paredmisma era una pantalla. Allí las figuras, de tamaño natural, brotaban como por encanto y parecía que

iban air al encuentro de uno. Cada vez que una de las bailarinas que estaban actuando en aquel momento alzaba unapierna, parecía como si fuese a llegar al espectador quela miraba. Maquinalmente Milton tuvoqueapartarse,aunque el tener a la bailarina tan cerca, como si él mismo estuviese en el escenario, le produjo un turbio deseoy una turbadora emoción.

La música no salía de un sitio determinado. Brotabade todas partes. Era una música que lo llenaba todo, queembriagaba, que hacía pensar en un mundo donde lascosas eran distintas. Entrar en aquel bar y sentirse yaembriagado, como si uno llevase una hora bebiendo, eracuestión de segundos.

También resultaba asombroso el cambio que se habíaproducido en Joe. Estaba mucho mejor. Tenía la pielmás fina. Vestía con más elegancia y parecía más pulcro en todo. Al igual que en su local, en él también sehabía producido una transformación racial y profunda.

¡Y todo eso en una semana!

Milton estaba asombrado.

Miró su agenda.

Pero no, no había ningún error. Por un instante llegóa pensar si en lugar de estar sin sentido dos días, comole dijeron, había estado sin sentido dos años. Su agendallevaba anotados incluso los medicamentos que le habíandado y los que aún tenía que seguir tomando. Eso hacíaque los cambios le parecieran a Milton más asombrososaún.

Murmuró:

—Joe... Te has gastado un dineral.

—No creas... Todo esto se puede adquirir con grandesfacilidades. Vienen y te lo montan en un santiamén. Luego vas pagando.

—Pero has hecho un mal negocio...

—¿Por qué?

—Si la ciudad de Secretville se va a ir al diablo dentro de poco, ¿qué clientes vas a tener? ¿Por qué has hecho un gasto que no te agradecerá nadie?

—Quizá tengas razón, pero de todos modos hay quemodernizarse. Hala, elige un combinado en la máquina.La casa invita.

Milton, pulsó diversas teclas. Pocas cosas había tandivertidas como aquélla. Como no le habían prohibido elalcohol, mezcló varias bebidas fuertes.

Joe le miró beatíficamente.

—Bueno, muchacho —preguntó al cabo de unos instantes—. ¿Y tú cómo te encuentras?

—Mucho mejor. Casi ha sido un milagro el que saliera tan bien librado de todo esto.

—Vaya, hombre... Lo celebro.

Milton bebió. No había nadie en el bar. Le parecióincreíble que con todos aquellos adelantos fabulosos lagente no viniera, aunque fuese por simple curiosidad. Era imposible que los otros bares dispusieran de todoaquello. Entonces, ¿por qué no se volcaba toda la población de Secretville en el local de Joe?

Pero éste no parecía dar demasiada importancia ala cosa. Puso un paquete de cigarrillos sobre la barra.

—¿Fumas?

Milton miró aquella marca. No la conocía. Pero comohay tantas variedades de tabaco en los Estados Unidos,tampoco le dio demasiada importancia. Encendió un cigarrillo y notó que el filtro era pequeñísimo, apenas unanillo. Pero debía resultar muy eficaz, por el tabaco sabía mejor que nunca.

—Estupendos —dijo—. Los compraré siempre.

—La nicotina ha sido casi eliminada de la mezcla —dijo Joe—. No te harán ningún daño aunque fumes conexceso.

Milton dio una cabezada afirmativamente. Se sentíabien allí; el ambiente juvenil del bar era embriagador.Ahora la pared-televisión daba un programasingularmente atrevido, en el cual las chicas aparecían tan ligeras de ropa que uno, al tener la sensación de que iba apoder tocarlas, quedaba como extasiado.

Llegó hasta el fondo del bar cuando elballet dejó deactuar y un locutor con cara de perro empezó a explicarque un tornado pondría en peligro la costa oriental delos Estados Unidos. Joe pulsó un botón y las luces mágicas se extinguieron. La pantalla volvió a quedar totalmente negra, y la pared pareció una pared cualquiera, conla única particularidad de que era de una sola pieza decristal.

Milton fue hacia el fondo del bar. Aquello era lo quemenos había variado. En contraste con lo demás, lasmesas tenían incluso un ambiente ligeramente sórdido.Vio un retrato que colgaba de la pared y que una semana antes no se encontraba allí. Desde el retrato mirabaa la gente, con su expresión severa y adusta el generalArnold.

El general Arnold era el jefe supremo de Secretville.Mezcla de militar y de técnico, era el único que podía dirigir con eficacia las investigaciones en aquella zona.

—Hum... —dijo—. El general Arnold en un bar... Tiene gracia...

—¿Por qué?

Milton rió.

—Hombre, no es demasiado propio...

—Pues verás: en realidad se ha tomado libremente ladecisión de poner su retrato en casi todos los lugares públicos. Murió heroicamente.

Milton casi pegó un brinco.

—¿Murió? ¡Pero si yo lo vi apenas hace diez días!

—Un hombre no necesita diez días para morirse. Lebastan diez segundos.

—Sí, ya sé, pero... ¿Y cuál ha sido esa muerte heroicade la cual yo no me he enterado siquiera?

—Salvó a dos mujeres en el incendio de los almacenes Kort, pero a consecuencia de las heridas él falleció.A título póstumo le han concedido la medalla de Honor del Congreso.

Milton tragó saliva.

Se daba cuenta de que lo había pasado bastante malen el hospital, después del accidente. Tenía que estar a lafuerza bastante

débil, aunque él no lo advirtiese, cuandolos médicos le habían ocultado incluso las noticias másgraves. Le habían tenido incomunicado hasta un extremoque entonces él no pudo sospechar. Pero de todos modos la situación ya estaba resuelta; era un hombre sanootra vez.

Tampoco lamentaba demasiado la muerte del generalArnold.

Si había querido salvar a dos mujeres en un incendio,allá él.

Que lo enterraran con su medalla.

—¿Cuánto te debo, Joe?

—Tres dólares.

—¡Cuerno! ¡Qué caro!

—Todo sube. La moneda se está desvalorizando.

—Pues hace diez días un combinado como éste, enun bar como el tuyo, costaba setenta centavos.

—Piensa lo que quieras, Milton, pero no encontrarásuna bebida tan barata en ningún otro sitio del país. Detodos modos, y ahora que lo recuerdo, no me debes nada. Te he dicho antes que invitaba la casa.

—Gracias.

—¿Volverás mañana?

—Creo que sí.

Salió. Tuvo un escalofrío al encontrarse de nuevo enla calle, pues llegaba un viento fresco del desierto. Ya nohabía luna llena. Las nubes la habían ocultado tan completamente que todo el cielo era una masa negra.

Subió a su automóvil y se dirigió a algún otro sitiodonde pudiera encontrar una chica. No tenía aún fuerzaspara conquistar a ninguna de ellas, pero le gustaba verlas. En cuanto a la salvaje muerte de la otra, a pesar deque había transcurrido una semana tan sólo, ya ni la recordaba apenas.

Por otra parte, nadie le había relacionado con la tragedia.

El único que le había visto salir tras la muchacha eraJoe.

Pero Joe se había callado.

Ah... También le había visto aquel tipo espectral queapareció de pronto en su camino, pidiendo que le llevara.Pero aquel tipo no debía haber formulado ninguna denuncia. El diablo sabría dónde debía estar ahora.

Las cosas, pues, estaban perfectamente claras. Aún nosabía cuál era el resultado oficial de la investigación,pero consideraba segura una cosa: la policía abría dadocomo accidental la muerte de aquella muñeca.

Detuvo su automóvil en el Pickwick, que era el barmás alegre de Secretville, aunque sin duda no tendríalos adelantos fantásticos que Joe había instalado en elsuyo. Pero allí habría chicas; unas “alegres” de poca categoría, había que reconocerlo, pero en la ciudad tampoco se podía encontrar otra cosa.

Milton fue a entrar.

Estaba eufórico. El haber vuelto a la vida despuésdel accidente que pudo ser mortal, le daba una alegríaque antes no llegó a sentir nunca.

Por no fijarse dónde ponía los pies, casi arrolló aaquel hombre alto que caminaba por la acera apresuradamente.

—Perdone —dijo Milton rápidamente al ver las dos estrellas—. Perdone, general Arnold.

El otro gruñó:

—Fíjese bien en su forma de andar, Milton. No parece que el hospital le haya sentado demasiado bien.

—Insisto en que perdone, mi general. Lo siento.

—No se preocupe; está olvidado.

Y el otro siguió.

Milton fue a entrar en el nuevo bar.

Y de pronto sintió una espantosa corriente de airefrío en la espalda.

Sintió que sus pies se quedaban clavados en la acera.

¿El ge... ge... general Arnold?

Sus ojos se nublaron.

¿El mu...? ¿El muerto...?

CAPITULO III

El hombre que estaba quieto en la otra acera, mirando fijamente, era joven como Milton y más fuerte que él,aunque no lo parecía. Usaba un traje deportivo con americana a cuadros, una camisa abierta y una gorra flexible, pero la gorra la llevaba metida en uno de los bolsillos. Le era muy útil para sacarla de vez en cuando yocultar en ella su pequeña cámara secreta.

En ese momento acababa de tomar dos fotografías deMilton, justo cuando tropezaba. Luego anotó la hora enel reverso de un estuche de cerillas y miró a la muchachaque estaba con él. Aquella muchacha hubiese enloquecidoa Milton, porque era de las que le gustaban. Pero, quizá por suerte para ella, no había llegado a verla.

Se trataba de una preciosa muñeca de unos veinteaños, con sólidas formas y atrevidos relieves que hacíanvolver la cabeza a los hombres de Secretville, un sitiodonde las mujeres fáciles resultaban más bien poco atractivas. Sin embargo la muchacha parecía tener interés entodo lo contrario: en no llamar la atención. Sus ropaseran modestas y su peinado sencillo, como si quisierapasar por una colegiala en vacaciones.

Susurró:

—¿Tú crees que es él, Johnny?

—Juraría que sí.

—Revisaste las fotografías en Nueva York... ¿Piensasque es el mismo que fue visto con aquella muchacha tansalvajemente muerta hace dos años?

—Todo es muy confuso —dijo él—, pero algo me diceque estamos sobre la verdadera pista. Hace una semana,una muchacha que se parecía a la primera, murió en unextraño accidente de automóvil en pleno desierto. Susrestos estaban totalmente calcinados, de modo que nose pudo saber si había sido ultrajada antes, pero me extraña la presencia de ese tipo tan cerca de donde ocurrióla tragedia. Por otra

parte, sufrió un accidente de motocuando regresaba del desierto, o sea que fue allí.

Anduvieron unos pasos los dos por la acera, siguiendoa Milton desde el otro lado de la calle. Johnny susurró:

—¿Qué le pasa? ¿Está borracho?

En efecto, Milton andaba como si hubiera bebido unbarril de whisky media hora antes. No había entrado enel bar y daba la sensación de que no sabía adonde ir.Y todo después de tropezar tan tontamente.

—Quizá se encuentra mal —insistió la muchacha.

—No, no es eso. Al tropezar con el general Arnold hadebido asustarse. ¿Pero por qué? Arnold es un hombreperfectamente normal. Y no le ha reprendido siquiera.

Milton se había vuelto a introducir en su coche. Condujo a muy poca velocidad, como si no se atreviera a“soltarse” ni se fiara de sus reflejos. El hombre y la mujer le siguieron en un “Mustang” descapotable procurando no llamar la atención. Como en Secretville había pocotráficoy no se conocían los semáforos, la cosa resultósencilla.

Milton se detuvo ante una bonita casa de una solaplanta, rodeada de jardín, en la que brillaba quietamenteel agua de una piscina. La luna seguía oculta del todo.Siempre con andares vacilantes, el asesino entró.

—Marta... —murmuró el conductor del “Mustang".

—¿Qué?

—Tú quédate en el coche —dijo Johnny—. Yo intentaré fotografiar lo que hay en esa casa.

Rozó por un momento su placa de agente del FBI yse perdió entre las sombras. Milton había entrado en eljardín. Se dirigió a la piscina, donde, a la luz casi irrealde unas lámparas de yodo, una mujer se estaba bañando.

Pese a que el tiempo era frío y especialmente de noche, ella no parecía notarlo. Braceaba rítmicamente y jugaba los músculos con una perfecta soltura. Milton sedetuvo y la contempló admirado. La mujer

que teníabajo él, moviéndose como una sirena en el agua, no eratan preciosa como la muchacha a la que dio muerte sietedías antes, ni tampoco tan tentadora como la que cruelmente exterminó en Nueva York. Además debía rondarya los treinta años, o sea que era un poco mayor queMilton. Pero conservaba unas líneas mórbidas y bien torneadas, una cara muy agradable y una cabellera preciosaque ahora llevaba anudada en una trenza, y que no leimpedía en absoluto una perfecta movilidad para nadar.Cualquier soltero de los que pululaban por Secretvillehubiera deseado a aquella hembra.

Johnny Badford se estremeció un momento. Aquellasituación le inspiraba un profundo asco, porque imaginóque Milton iba a tratar de violentar y de asesinar también a aquella mujer aprovechando que estaba sola. Sinembargo casi deseó que aquello se produjese. El no sóloconseguiría impedir el crimen, sino que además tendríauna prueba servida en bandeja contra aquel perro rabioso.

Hubo de reconocer, sin embargo, pues estaba viendode cerca la expresión de Milton, que la situación resultabasorprendente. Porque la sonrisa de Milton era suave; porque sus ojos reflejaban ternura. Quizá por primera vezen su vida miraba a una hembra no como un objeto deplacer, sino como algo muy querido y por la que estabadispuesto a jugarse cosas muy importantes para él.

El asesino dijo desde el borde de la piscina:

—Elena...

Ella se detuvo. Flotando en el agua, miró hacia arriba. “Es increíble que no le haya visto antes”, pensó Johnny Badford.

Milton dijo:

—Acércate. Estoy en la escalerilla.

—Ya te oigo.

Johny se dio entonces cuenta, con asombro, de que lamujer era ciega. Flotó hasta la escalerilla y allí aceptóla mano de Milton, que la ayudó a subir. Luego la besóen ambas mejillas, pero con ternura, con suavidad, cosas ambas que Johnny Badford le creía totalmente incapaz de hacer.

Estaba completamente asombrado.

Luego él le puso una toalla sobre los hombros paraque no se

enfriase y la condujo hacia el interior de lacasa. Johnny, con una especie de habilidad de gato quele había hecho famoso en el FBI, le siguió a pocos pasos de distancia sin que el otro notase absolutamente nada.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras dejar paso ala pareja, Johnny Badford miró y fotografió la plaquitaque había en la puerta. Allí decía sencillamente: “MissElena Glendale”. Es decir, se trataba de una mujer soltera.

La puerta era sólida y las ventanas tenían las cortinas echadas, de modo que no era posible ver el interior,pero John no se inmutó. Colocó en la hoja de maderaun pequeño micro que se adhería como una ventosa yque llevaba en su extremo un cordón con un amplificador, el cual introdujo el agente en uno de sus oídos. Elsistema le permitía oír con tanta perfección como si élestuviera dentro de la casa.

Captó perfectamente la voz de Milton.

—¿Necesitas algo? —preguntó él.

—No... Estoy muy bien. El doctor Yale me ha seguidovisitando. Dice que está seguro de que dentro de pocovolveré a distinguir la luz.

—Es una gran noticia, Elena.

—De todos modos el camino aún es largo. Y me teníasinquieta, muy inquieta..., ¿cómo no has venido en la última semana?

—Tuve que salir de la ciudad —dijo él, con voz queresultaba insegura—. Una misión enWashingtonparallevar personalmente unos informes. Pero ahora ya novolveré a dejarte sola, Elena.

—Es que... es que no puedes imaginarte lo que estosignifica cuando faltas tú. La vida se me hace insoportable.

Sonó el leve rumor de un beso.

—Verás como no vuelvo a irme —susurró Milton—.En los dos últimos años ni siquiera he hecho vacacionespara no dejarte sola. En la próxima visita al doctor Yalete acompañaré yo.

—Gracias... No sabes lo que esto significa para mí.Pero empiezo a estar arrepentida, te lo juro.

—¿Arrepentida de qué?

—De haber aceptado tu ofrecimiento.

—Elena... —la voz de Milton sonaba suave y casi trémula. Era una voz desconocida en él—. Elena... Tú eresla única mujer que me ha querido de veras. Tú ayudastea mi madre en sus últimos años y me salvaste cuando seprodujo aquel hundimiento en el edificio donde trabajábamos los dos. Pusiste de tal modo en peligro tu vidaque los ácidos desprendidos de una tubería te quemaronlos ojos. ¿Cómo piensas que puedo abandonarte? ¿Cómocrees que para mí es un sacrificio mantenerte y pagar lasfacturas del doctor Yale? Además aquí gano mucho dinero. Me sobra.

—No se trata sólo de eso... Mientras estás conmigo,no frecuentas el trato de otras mujeres. Pierdes oportunidades para casarte y rehacer tu vida.

Lo curioso era que había sinceridad en su voz. Johnny Badford estaba literalmente asombrado.

Claro que Johnny Badford, pese a su juventud, ya empezaba a tener experiencia, y esa experiencia le habíaenseñado que nadie es bueno de una pieza ni malo deuna pieza. Hasta los peores asesinos tienen sus debilidades. Algunos de ellos han puesto en peligro su vida porsalvar a un gato. Otros no creen en nadie excepto en unamujer o en un amigo. Milton —si era realmente el asesino despiadado y vil que él imaginaba— tenía un únicopunto de ternura en este mundo: el que representabaaquella mujer a la que estaba agradecido hasta el límitepor el hecho de haberle salvado la vida.

Siguió oyendo sus voces.

—Ninguna mujerme importa —dijo Milton—. Y encuanto a matrimonio..., ¿qué voy a decirte? Tú sabes perfectamente que pienso casarme contigo.

—Eso no será hasta que recobre la vista. No quieroque cargues con una ciega.

—Si te estoy manteniendo ya, ¿qué me importa seguirhaciéndolo en plan de marido? —preguntó él con una lógica irrebatible.

—No es lo mismo —susurró ella—. Ahora no tienes ninguna obligación y en cualquier momento puedes dejarme.En cambio, si nos casamos...

—¿Cómo imaginas que voy a dejarte?

Sonó de nuevo el rumor suave de un beso.

—Siempre me has respetado, Milton. Y te lo agradezco, te lo agradezco hasta un extremo que no puedesimaginar. Pero eso significa que debes frecuentar el trato de otras mujeres. De vez en cuando tendrás necesidad de...

—Tonterías —mintió él—. Las otras mujeres no meimportan.

El federal seguía estando perplejo, pero de todos modos ya empezaba a poder hacerse una composición de lugar, después de lo que acababa de oír. Milton tenía unpunto flaco: aquella mujer. Era su único lado bueno, suúnico punto honrado. Sus escasísimos gramos de ternura estaban allí, depositados en aquella casa. Por lo demás, el resto de su vida estaba cargado de oscuras impiedades, de sombras, de vilezas, de crímenes. Al salir deaquella casa se transformaba en otro hombre. Era comola vieja situación del doctor Jekyll y del doctor Hyde.

Retiró el micro silenciosamente.

Temía que en cualquier momento Milton saliera y lesorprendiese.

Regresó al coche en, que le aguardaba Marta.

—¿Qué...? —preguntó ella.

—Por el momento algo sorprendente —susurró él—.Resulta que ese hombre aún tiene un pedazo de corazón. Pero sólo un pedazo.

Puso en marcha el vehículo. Le pareció que dejabaatrás un mundo remoto y desconocido cuando vio desaparecer las luces de aquella casa.

CAPITULO IV

Milton salió tarde de la residencia de Elena, despuésde haberle hecho compañía un buen rato y de haber bailado juntos unos cuantos discos lentos, mientras se besaban suavemente. Como aún se sentía muy débil, puesestaba en plena convalecencia, fue directamente a la residencia para solteros donde vivía y se encerró en su habitación. Le ocurrió como le había ocurrido varias vecesdespués del accidente: las fuerzas le fallaban y caía en lacama como una roca.

Cuando despertó al día siguiente, el sol estaba muy alto. Consultó la agenda y el calendario a la vez: hacíaocho días justos que sufrió el accidente. Tomó los medicamentos prescritos, se duchó y aseó y salió del edificio. No tenía nada que hacer, pues le habían dado de bajaen el servicio hasta que se restableciera completamente.Se introdujo en su coche y pensó que no sería mala ideair a desayunar al bar de Joe. De paso le pediría unascuantas cosas.

Ni como broma podía pasar. Decirle que el generalArnold estaba muerto cuando podía tropezarse con él encualquier calle de Secretville, era salirse de la raya. Desde que se había rejuvenecido tanto, aquel maldito deJoe creía que tenía derecho a hacer lo que le diese lagana. Pues ya le enseñaría él.

Detuvo el coche ante la puerta.

Entró en el bar.

Joe dijo suavemente:

—Hola, amigo.

No tenía tan buen aspecto como la noche anterior. Parecía envejecido. Claro que podía haber pasado mala noche, y una cosa de esas hace cambiar la facha de cualquiera.

Milton ni siquiera contestó.

Le miró con hostilidad.

El otro preguntó sonriendo:

—¿Qué vas a tomar?

—De entrada, un combinado como el de ayer. Pero tejuro que esta vez también paga la casa.

Y se acercó a la pared donde estaba la máquina maravillosa, aquella mezcla de coctelera y cerebro electrónico.

Obró maquinalmente, sin fijarse.

Tendió la mano.

Y lo único que tocó fue una estantería donde habíacomido alguien y que estaba manchada de grasa.

Milton arqueó las cejas.

No lo entendía.

Balbució:

—Oye...

—¿Qué, amigo?

—Anoche tenías aquí una máquina maravillosa. Preparaba los combinados de una forma que ni el campeónde los*barmen* de Estados Unidos podía conseguir unacosa igual. ¿Dónde cuerno la has metido?

Joe gruñó:

—¿Qué máquina?

—Pues una que... Oye, ¿no crees que las bromas están llegando demasiado lejos?

—No te entiendo, Milton. Y además no sé qué clasede bromas piensas que tengo ganas de hacer. Mi mujerestá embarazada. Los médicos dicen que puede habercomplicaciones y que el chico o ella podrían morir. Y encima piensas que voy a dedicarme a gastar bromas a losclientes.

Milton tragó saliva.

Se mareaba.

Todo aquello debía ser producto de su propia debilidad. Quizá alucinaciones. Debió sufrir un terrible golpeen la cabeza y no se lo habían dicho para no asustarle, peroaún no estaba curado del todo.

Buscó cigarrillos, perohabíaterminadoelpaquete.Con un gesto lleno de impaciencia dijo a Joe:

—Invítame a fumar.

Joe dejó sobre la barra un paquete de "Lark".

—¿No tienes de los de ayer?

—¿Ayer?

—Sí, hombre. Los del filtro diminuto que parece unanillo. Los que no llevan apenas nada de nicotina.

Joe se puso pálido.

—No sé de qué me hablas, muchacho. Que yo sepa, nohay cigarrillos de esa clase.

—¡Maldita sea! ¡No tienes nada de lo que tenías haceunas horas! ¡Al menos enchufa la televisión, idiota!

Joe estaba acostumbrado a las intemperancias de Milton, de modo que se encogió de hombros. Con voz opacadijo:

—Bueno. Si tú quieres...

Y conectó un viejo aparato situado un poco por encima de la barra. En la pantalla apareció un reportaje sobre la historia de las pruebas automovilísticas de Indianápolis.

Milton ya estaba harto.

Gruñó:

—No, ésa, no, hombre. Ya estoy cansado de que todopase al revés, imbécil. Conecta la que ocupa toda unapared.

—¿Pared...?

El gesto de extrañeza de Joe era tan grande que Milton se volvió. Por primera vez captó entonces los aspectos del bar en toda su extensión. Vio que la pared ocupada la noche anterior por una enorme

pantalla era hoysimplemente eso: una pared, y además no demasiadolimpia. En el fondo del local no se distinguía ya el retrato del general Arnold. No había decoración moderna.No sonaba ninguna alegre música, sino sólo el runruneode un aparato de aire acondicionado que ya empezaba anecesitar un relevo.

Milton vaciló.

La cabeza le daba vueltas de una forma espantosa.

Debía estar mucho más lesionado de lo que él creía.Sufrir alucinaciones las noches de luna llena era un malprincipio. Con voz velada dijo:

—Sírveme un brandy.

—Claro, hombre. Toma.

Lo bebió de un trago y casi al instante se sintió mejor. Luego clavó con rabia sus ojos en Joe.

—No volveré a poner los pies aquí —dijo.

—¿Por qué?

—Esto me trae mala suerte.

—Sabes que siempre te he recibido bien...

—Vete al infierno, Joe.

Joe ya estaba enfadado después de tantos desplantes.Con un cierto retintín dijo mientras apagaba el televisor:

—Más vale que no te pongas tan chulo, Milton. Puedo decir a la policía que acabo de acordarme de quesaliste detrás de aquella chica.

—¿Qué chica?

—Haz memoria.

El se estremeció. Pero no estaba dispuesto a discutiraquello, por lo cual salió a la calle y se introdujo en elcoche. Rodó sin rumbo fijo y sin darse cuenta de queun magnífico descapotable le seguía.

Estaba más controlado que nunca, pero su cerebroatormentado no había llegado a captar esos detalles.

Le preocupaba cada vez más lo que había dicho Joe.Si el dueño del bar testimoniaba que le había visto salirtras la muchacha en su “Harley-Davidson”, la policía podía empezar a meter las narices en aquel asunto y relacionarle a él con el accidente. Y había otra cosa aún peor:la policía, en Secretville, no tenía nada que hacer. Si veíauna pista a seguir a consecuencia de aquella muerte, laseguiría hasta el fin aunque sólo fuera para pasar el rato.Y la consecuencia podía ser una condena a muerte o areclusión perpetua para Milton.

Quizá tendría que escarmentar a Joe.

No convenía llamar la atención ni demostrar que letenía miedo, pero unas amenazas veladas causarían buenefecto. Habría que pensar en eso.

Fue entonces cuando se sobresaltó.

Por primera vez notó claramente la presencia de aqueldescapotable a su espalda.

De una manera inconsciente, ya se había dado cuentaen otras ocasiones de que estaba allí, situado a poca distancia. Pero ahora no le cupo la menor duda de que venían tras él. Una súbita palidez cubrió su semblante.

Eso cambiaba terriblemente las cosas.

Quizá Joe había hablado ya.

Lo cierto era que podían estar tras su pista.

Procurando dominar sus nervios, estacionó el cocheante una de las oficinas de control de Secretville. Al sernecesario un permiso especial para residir en la ciudad,toda persona que viviera en ella tenía que estar fichada,y la oficina ante la cual estaba él ahora se dedicaba a eso.Desde que el lugar fue montado con motivo de las pruebas nucleares, nadie de los que pisaron el suelo de Secretville, desde el general Arnold hasta el último obrero,había dejado de tener su ficha en aquel sitio.

Porsupuesto,Milton nonecesitabahacerningunagestión allí. Pero como la oficina era pública y se podíaentrar en ella, se detuvo para ver si el descapotable sedetenía igualmente.

Vio que el otro vehículo seguía. Era natural, puestoque no iba a mostrar su juego tan claramente. Pero alcabo de unos instantes vio

que el hombre joven y atléticoque lo conducía entraba en una tienda de artículos de fumador que había casi enfrente. La joven que le acompañaba se metía en unos almacenes cercanos. Sin dudahabían dejado el descapotable estacionado en otro sitio,pero seguían vigilándole de cerca.

Ahora ya no cabía duda.

Venían a por él.

Todo esto lo observó ya Milton desde una de las ventanas de la oficina, donde simulaba consultar un reglamento. Luego se dirigió al empleado que llevaba el control de los ficheros.

Este le saludó con una sonrisa.

—Hola, Milton. Parece que ya estás mejor, ¿eh?

—Sí, pero todavía me siento muy débil. Oye, ¿puedeshacerme un favor?

—Pordescontado.Ademásestaoficinaespública.Aquí no podemos tener secretos para nadie.

—Enséñamelasfichasdelasúltimaspersonasquehan obtenido permiso de residencia. Quiero conocer alos nuevos vecinos.

—Desde luego. Toma.

Las fichas no eran muchas. Cada vez entraba menosgente en Secretville, y la gente que entraba era para realizar tareas especiales y que sólo duraban un par dedías. Por lo tanto le fue muy fácil encontrar el retratodel hombre que le había seguido y el de la mujer que leacompañaba.

El hombre se llamaba John Badford y acababa dellegar a Secretville, pero no en la misma fecha que lamuchacha. Con eso habían tratado de desorientar, comosi su amistad fuera ocasional, pero no engañaban a unhombre experimentado como Milton. Habían llegado aSecretville con la misma misión y se conocían antes deponer los pies en la ciudad maldita.

Tampoco engañó a Milton el oficio de aquel hombre: técnico en cables de alta tensión. Lamentable olvidopor parte del FBI, si es que aquel hombre pertenecía alos famosos federales... En Secretville ya no había cablesde alta tensión. Fueron retirados un año antes.

Antiguamente los hilos fueron hacia más allá de las colinas, peroahora, más allá de las colinas, ya no había nada quehacer.

La chica tenía como profesión la de periodista.

¡Vaya, hombre...!

Como si quisiera hacer un reportaje sobre Secretville,cuando los capitostes del FBI debían haber recordadoque los reportajes sobre aquella ciudad estaban prohibidos por orden del Pentágono.

Una falta de coordinación lamentable entre el Pentágono y el Departamento de Justicia, del que dependíanlos federales. Los errores no eran imputables a aquelhombre llamado John Badford, pero el hecho era que sehabíancometido.AhoraMilton yasabía perfectamenteque habían venido a seguirle.

Pero no podía ser por el crimen del desierto.

No, para eso no habían tenido casi tiempo.

Era por algo peor aún.

Era por lo de Nueva York.

Esosignificabaqueaquelasesinatonohabíasidoolvidado y que los federales iban tras una pista. Esa pista conducía hasta él. Ahora sólo faltaba que relacionaranaquel crimen de Nueva York con el crimen del desiertoy todo estaría perdido.

Las facciones de Milton se ensombrecieron.

Tenía que hacer algo.

Y “hacer algo” consistía en liquidar a aquel hombrellamado John Badford antes de que fuera demasiado tarde, es decir antes de que él empezara a relacionar los doscrímenes y enviara a sus jefes un informe.

Sus dedos temblaron junto a las fichas.

El encargado musitó:

—Pareces muy serio. ¿Qué te pasa?

—Nada... Toma las fichas y muchas gracias. Por cierto...

—¿Qué?

—Un momento.

Había visto algo que le llamó la atención. Era la ficha de la chica a la que él asesinó unos días antes. Eranatural que estuviese allí, pero le llamó la atención verla. Susurró:

—Lástima.

Tenía que despistar, tenía que fingir que él lamentabacon toda su alma aquella muerte.

El encargado musitó:

—Lástima, ¿por qué?

—¿Y lo preguntas? Esa mujer ha muerto. Tuvo unaccidente en el desierto y se quemó completamente. ¿Nolo recuerdas? ¿O es que hace falta que te digan las cosas que ocurren aquí?

—Esa mujer no ha muerto —dijo el funcionario mirándole con extrañeza—. Vive aún. Claro que vive. Precisamente es un caso que recuerdo muy bien.

—¿Lo... recuerdas muy bien?

—Naturalmente. Tuvo grandes dificultades para quese le diera el permiso de residencia en la ciudad, estandoembarazada de siete meses.

Milton sintió que todo daba vueltas en torno suyo.

La muchacha a la que él ultrajó no estaba embarazada.

Ni de lejos.

Necesitó apoyarse en el mostrador.

Sus ojos desencajados parecieron ver el fantasma desu propia muerte.

CAPITULO V

El funcionario balbució:

—Oye, ¿qué te pasa?

—Na...nada. Sólo quisiera saber dónde está la hermana gemela de esa mujer.

—¿Su hermana gemela?

—Pues claro... La que murió.

El funcionario le miró como el que mira a un locoque empieza a no tener remedio.

—Oye, Milton —dijo—, no es que quiera asustarte,pero en el accidente tú debiste recibir algún golpe y norecuerdas bien ciertas cosas. En primer lugar, tú nopuedes saber que la muchacha muerta era ésta, porqueel cadáver estaba casi irreconocible. Por otra parte, nopudiste verla. Cuando la encontraron, tú ya estabas enel hospital luchando entre la vida y un entierro con gastos pagados. Creo que te confundes.

Milton se mordió el labio inferior mientras se dabacuenta de que acababa de sufrir un error de los quellevan a un hombre a la silla eléctrica. Con aquellaspalabras demostraba que él no había visto a la chicadespués del accidente, sino un poco antes. En cuanto elfuncionario empezase a atar cabos, él estaría perdido.

Pero el otro no había empezado a atar cabos todavía.

Susurró:

—Por otra parte, no había ninguna hermana gemela.Puedo asegurarte que no. Esta mujer vino con su marido.

Y le mostró otra ficha.

En ella estaba la fotografía del extraño individuo aquien él

encontró en la ruta del desierto. La fotografíade aquella especie de fantasma que le hizo perder losnervios sólo verle.

Bisbiseó:

—¿Dónde… viven?

—En la calle C número 80. Aquí lo dice. Puedes ir averles cuando gustes.

Milton secódisimuladamentelasgotitasdesudorque perlaban su frente.

—Gracias —dijo—. Lo haré.

Y salió.

Vio que el hombre llamado John Barford le espiabadisimuladamente desde detrás de los cristales de la tienda de artículos para fumador.

Milton tenía motivos para sentirse acorralado.

Pero eso no hizo sino excitar el instinto de fiera quepalpitaba en él. Con voz ronca dijo como si el otropudiera oírle:

—Más vale que compres el último paquete de cigarrillos para fumártelo esta tarde. Mañana te juro quehabrás dejado de tener vicios por completo…

* * *

A Milton se le presentaba una difícil papeleta, peropor eso mismo se decidió a resolverla con rapidez. Elno era de los que se detienen ante un crimen más o menos. Lo único que debía elegir cuidadosamente era elarma,puesenSecretvillepodíanatraparlefácilmentepor un detalle de esa clase.

Resolvió ir entonces a la calle C número 80.

Allí vivía el hombre que tanto le llamó la atenciónjunto con su esposa, embarazada de siete meses.

Era muy posible que tuviesen algún arma. En losEstados Unidos, donde uno puede comprar por correocualquier clase de quitapenas, incluso un fusil de guerra,son muchísimas las personas que tienen artefactos deesa clase en su hogar. El agravamiento de la delincuencia las hace necesarias muchas veces. Y si aquel hombrehabía atravesado el desierto en su coche para llegar aSecretville, era más que posible que hubiese llevado almenos un revólver en su guantera.

Esperó a la noche para entrar en la casa, ya quedurante el día hubiese llamado la atención. Las horasquehabíandetranscurrirhastaaquelmomentolasgastó metiéndose en un cine y husmeando luego por unosalmacenes que lo servían todo a mitad de precio a loshabitantes de Secretville, ya que la intendencia militarpagaba la diferencia. Notó que en un sitio y otro le seguía aquella pareja. En el cine no había dejado de vigilarle el hombre; en los almacenes entró tras él la mujer.

Mientras masticaba su propia rabia, Miltonesperólas sombras del anochecer para llevar adelante su plan. Utilizó de nuevo la "Harley-Davidson", pues no le habíacogido miedo a pesar del accidente. Con ella se lanzó auna velocidad fantástica por las rutas del desierto.

Como había imaginado, el coche le siguió.

Pero al volante del descapotable iba sólo el hombre.La mujer debía estar en otro sitio. Milton le dejó fácilmente atrás valiéndose de la superior velocidad y de lafantástica movilidad de aquella moto, con la que podíameterseen terrenos imposibles para un coche. Lanzóuna carcajada al darse cuenta de que acababa de burlara Badford.

Pero su carcajada se transformó en una maldición.

Porque ahora la mujer tomaba el relevo.

No había hecho más que salir de nuevo a la carreteraprincipal que llevaba a las dunas cuando un*jeep* quellevaba las luces apagadas se despegó del borde y empezó a seguirle como una exhalación. Por el retrovisorde la moto, Milton se dio cuenta fugazmente de que alvolante iba la mujer. Ahora ya no trataban de disimular.Estaban tras su pista y querían seguirla hasta el fin.

El*jeep* tenía la ventaja de que se metía también porterrenos muy difíciles, pero su velocidad resultaba inferioralaladeldescapotable.Miltonlodejóatrásconmucha facilidad. Y después de desorientar a sus dosperseguidores se dirigió de nuevo a Secretville, seguro deque ya no podrían controlar sus actos al menos

durantemedia hora.

Era el tiempo que necesitaba.

Dejó la moto en una zona oscura y se dirigió a lacalle C. Todos los lugares en Secretville estaban marcados con letras. Detrás de la C venía la D. Después laE y la F y así sucesivamente. Uno no podía perderse enSecretville, pero la monotonía resultaba exasperante.

El número 80 de la calle C resultaba ser una casacomo tantas otras, aunque un poco más aislada. En ellano había ninguna luz. Posiblemente sus habitantes estaban fuera, quizá en alguno de los poquísimos espectáculos nocturnos que era posible disfrutar en Secretville. Pero eso favorecía los planes de Milton.

Se coló en el garaje. En él había un "Ford Granada"bastanteinexpresivo,decolor negro. Eltípicocoche parapasar inadvertido en cualquier parte. Miltonloabrió y buscó en la guantera velozmente.

Sonrió.

Ya no necesitaba entrar en la casa. Allí tenía lo quehabía andado buscando.

Su derecha acababa de empuñar un revólver, justamente el arma que él había imaginado que un hombrellevaría para viajar a través del desierto. La ocultó entresus ropas, salió de allí dejándolo todo como estaba, yluego miró el arma a la luz. Era un "Crusader 80".

Milton hizo un gesto de duda. El se tenía por expertoen armas, pero jamás había visto un "Crusader". Nosabía que existieran. Por lo demás el revólver tenía lamisma pinta que los otros, y las balas parecían del calibre 45. Una característica del "Crusader" era que sólocargaba cuatro de aquellos petardos, lo cual no dejabade ser una desventaja.

Pero, en fin, él no iba a atormentarse por eso.

El arma pertenecía a aquella clase de fantasma.

Seguro que tenía la licencia a su nombre.

Perfecto.

Con el revólver liquidaría a la pareja de federales quele estaba

siguiendo y luego lo abandonaría. Habría quéver la cara que pondría aquel monstruo de pacotilla encuanto la policía le viniese a buscar.

Con el arma remetida entre la camisa y el pantalón,Milton sacó la moto de allí y la apostó con las lucesapagadas cerca de la ciudad, en la carretera que llevabaal desierto. Era absolutamente seguro que el*jeep* o eldescapotable volverían por allí.

Nadie circulaba por la ruta.

La gente no se dedicaba a pasear en Secretville. ¿Paraqué? Todos los caminos acababan llevando al desierto.

Por fin Milton vio el*jeep* que venía. Su velocidad erapoca. Los faros rasgaban las sombras de la noche y todoel vehículo ofrecía un blanco perfecto.

Apuntó un poco por encima de las luces.

A él no podían verle.

Pensó: “Lástima de muñequita”.

Le hubiera gustado aprovecharla. Era una de esasmujeresexcepcionalesqueseencuentranmuypocasveces en la vida.

“Al diablo”, se dijo.

Apretó el gatillo.

Había apuntado perfectamente al puesto del conductor. No podía fallar. Pero lo que se produjo entonces ledejó tan paralizado por el asombro que por un momento su corazón pareció detenérsele en el pecho.

La bala no había producido el efecto normal.

No había atravesado el parabrisas, clavándose en elpecho de la persona que conducía.

Por el contrario… ¡todo el *jeep* estalló!

¡Dio la sensación de que había sido alcanzado por unagranada de mortero!

¡Quedó convertido en una pirámide de llamas!

Miltonestaba literalmente aterrorizado.Unrevólverque al mismo tiempo fuera como un mortero del 81 nolo había tenido en las manos jamás. Aquel diabólico“Crusader” era más de lo que él podía soportar.

Maquinalmente disparó otra bala.

Esta fue contra una de las colinas rocosas, que pareció desintegrarse. El efecto fue exactamente el mismoque si una granada de mortero hubiera estallado allí.Las piedras saltaron en todas direcciones mientras seproducía una terrible llamarada.

Milton aún tuvo la suficiente serenidad para limpiarcon el pañuelo el arma y arrojarla al suelo sin dejarhuellas. Luego se largó. Cierto que dejaba las marcasde los neumáticos de su "Harley” clavadas en la arena,y en Secretville no había otra moto como la suya. Peroconfiaba en que el viento del desierto las borraría antesde que fuera demasiado tarde. Había momentos en queauténticas toneladas de arena eran desplazadas de unlado a otro.

Cuando llegaba a su casa oyó las sirenas de la policía.Era un sonido extraño en Secretville,yrecordabaelaullido lastimero que a veces se oye en las calles deNueva York cuando se inicia una persecución que presagia la muerte. Milton cayó derrumbado en su cama. Peroal menos había liquidado a la mujer, de la que no quedarían ni restos. En cuanto a las huellas marcadas enla arena, había que confiar en que no le descubrirían.

Y no le descubrieron.

Durmió toda la noche como un lirón.

Ya lo dicen los médicos: para descansar bien, nohay nada como tener la conciencia tranquila.

CAPITULO VI

Por la mañana se despertó con una plenitud de fuerzas que hacía tiempo que no sentía. Volvió a tomar lasmedicinas, se duchó, se afeitó bien y salió a la calle conunas ropas ligeras. El hecho de que nadie hubiera venido a molestarle durante la noche, le llenaba de optimismo: era la señal de que no habían sido descubiertas lashuellas de la “Harley-Davidson".

Fue a desayunar al bar más cercano.

Esta vez no quiso acercarse al local de Joe.

Demasiado raro aquel tipo. Le estaba gastando bromas pesadas, de modo que lo mejor que podía hacerera no frecuentar su maldito bar durante unos días.

Estaba saboreando sus huevos con bacón cuando eldueño le preguntó:

—¿Sigues bien, Milton?

—Sí, cada vez mejor.

—¿No oíste las explosiones anoche?

El sonrió con la boca llena.

—Sí, algo oí... ¿Qué era?

—Pues parece como si hubieran disparado dos morterazos... Algo extraño de veras, te lo aseguro. Muy extraño.

—¿Y la policía ha averiguado algo?

—Me parece que van muy desorientados. Y es natural, muchacho. Dime: ¿qué trabajo ha tenido la policíaaquí? Hala, explícalo. Hatajo de gandules... ¿Qué experiencia puede tener esa gente?

—Ninguna, claro.

—Por eso es imposible que descubran nada.

Milton seguía comiendo con más apetito cada vez.

—¿Qué fue lo que destruyeron? —preguntó.

—Un *jeep*.

—¿Y no encontraron huellas de ningún otro vehículo?

—El viento había soplado bastante. No se apreciabanhuellas de nada. Ni siquiera de los neumáticos del propio *jeep*.

—Magnífico...

—¿Qué dices, Milton?

—No, nada, nada... Que están magníficos estos huevoscon jamón. Lo malo es que las cosas se complican demasiado en Secretville, que era antes una ciudad tan tranquila. ¿Qué? ¿Ha habido muertos?

El dueño del bar le señaló a través de los cristalesel lado opuesto de la calle.

La Morgue esta allí.

Bueno, no se podía llamar "Morgue" a aquella pequeña sección del hospital, pues como a Secretville sólopodía ir gente joven y con un buen certificado de salud,prácticamente no se moría nadie. El depósito de cadáveres estaba como quien dice inédito. Pero ahora sacabanun cuerpo rígido, un cuerpo que introducían en una ambulancia para llevarlo sin duda fuera de la ciudad. Pordebajo de la sábana no se apreciaba si el cuerpo era de hombre o de mujer, pues debía estar destrozado y susrelieves no se marcaban. Pero existía un detalle reveladorque los ojos de halcón de Milton captaron en seguida:la sábana se había alzado un poco y por el borde aparecía un pie suave con las uñas pintadas. Un pie de mujer.El asesino sintió que algo renacía en su interior, al calmarse bruscamente. Todo estaba resultando perfecto.

Ahora sólo quedaba el hombre, aquel maldito JohnBadford.

Y John Badford no tardaría en morir.

—Pobre chica —dijo el dueño del bar.

—Sí. Pobre chica.

—Me han dicho que apenas quedan de ella más quelos pies. Una cosa terrible, ¿eh? Y pensar que antesSecretville era una ciudad aburrida, pero con la ventaja de resultar tranquila…

—Claro, amigo. ¿Adónde la llevan?

—No lo sé, pero eso poco importa. Después de laautopsia es lógico que la devuelvan a su ciudad.

Milton volvió a suspirar.

Todo estaba resultando maravillosamente bien.

Olvido eterno para la mujer muerta.

Había terminado su desayuno, que le pareció suculento.Encendióuncigarrilloparaterminarlascosasamodo.

Y en aquel momento la voz de la mujer dijo a sulado:

—Por favor, sírvame un desayuno completo a mí también. Lo mismo que ha comido este caballero.

Milton sonrió para sus adentros.

Una mujer…

Bueno, al menos le ofrecía un pretexto para entraren conversación, y la cosa podía derivar hacia algo másapetitoso. ¿Quién sabe…?

Se volvió.

Y de pronto el cigarrillo salió despedido de entre suslabios.

Ella sonreía encantadoramente.

—¿Qué le pasa? —preguntó—. ¿Le sorprende que unamujer también haga un desayuno fuerte?

En los huesos de Milton penetró el frío del Más Allá.

Porque la mujer que debía estar muerta, la que conducía el*jeep*,

se encontraba ahora junto a él. Envolviéndole en la luz de sus ojos. Dedicándole su sonrisa.

La luz también parecía distinta de pronto.

Como si una neblina espesa flotara sobre Secretville.Como si a la ciudad del desierto hubiera llegado en cuestión de segundos la sombra de la muerte.

CAPITULO VII

Con voz apenas audible, Milton balbució:

—No, no me extraña que usted haga un desayuno fuerte. Es que... En fin, debo de estar confundido. No tieneimportancia.

—¿En qué está usted confundido? Puede decírmelo,no se preocupe.

—Verá... Yo diría que la vi ayer en un *jeep*. Y juraríaque es el mismo vehículo que dicen que ha estallado.

—Ah, sí... —ella sonrió con indiferencia—. Me libréde una buena.

—¿Una buena...?

—Iba por el desierto cuando me asaltaron dos “hippies”. En fin, no sé si eran “hippies”, pero iban vestidosasí. Tenían aspecto de vagabundos. Eran un hombre yuna mujer que estaban atravesando el desierto librándose de todas las medidas de control que han instaladolas autoridades. Parece increíble, ¿verdad? Un espía nohubiese podido entrar aquí y en cambio ellos dos, comoquien no quiere la cosa, estaban ya casi en Secretvillecon su saco a la espalda. Pero dudo mucho que supieranen qué clase de lugar se habían metido.

Milton cabeceó.

Consiguió al fin encender otro cigarrillo, aunque conmano trémula.

—Me detuvieron como haciendo “auto-stop” y yo lesprestéayuda —continuó la preciosa muchacha—, perouna vez dentro él me arrojó brutalmente fuera del vehículo. Por lo visto habían soñado hacerse con un*jeep* comoaquélparaatravesarel desierto. Elhombresepuso a conducir y la chica se sentó a su lado. Grité, perono me hicieron caso. Tomaban la carretera que bordeaSecretville.

Milton estuvo a punto de tragarse el cigarrillo mientras balbucía:

—Claro…

—Luego no sé lo que sucedió —dijo ella—. Pareceque alguien lanzó sobre el vehículo algo así como unagranada de mano. Quizá alguien que perseguía a aquellosdos vagabundos… Los resultados ya los sabe: del hombre han quedado sólo pedazos. De la mujer unos cuantos restos que van a ser trasladados a Los Angeles, suciudad de residencia.

Milton apenas pudo balbucir:

—Ya me lo han di… dicho.

Y salió sin pagar. Estaba completamente aterrorizado.

En el interior de su cerebro que parecía deshechopor completo, flotaban ya las brumas del otro mundo.

Pero si Milton había empezado a pensar que las cosasse ponían muy mal para él, si Milton había sentido eltemor de encontrarse demasiado solo en la ciudad secreta, unos minutos después había cambiado de opinión. Todo pareció arreglarse para él en unos instantes.

Fue al tropezarse con Dombey.

Fue al encontrarse cara a cara con aquel individuocuya presencia jamás pudo llegar a imaginar en un sitiocomo Secretville.

Andaba por la calle como un borracho —eso le estaba sucediendo en los últimos días con una espantosafrecuencia— cuando la voz le llamó,

—Eh, Milton.

Milton se volvió.

Aquella voz le traía lejanos recuerdos, aunque no sabíaprecisarlos.

De pronto se volvió.

—¡Dombey!

Dombey le sonreía desde la ventanilla de un magnífico automóvil de doce cilindros fabricado por la GeneralMotors. Era un último modelo absoluto, era uno de esos automóviles de series cortas

que sólo se hacenpara unos cuantos privilegiados. Lo menos había costadoveinte mil dólares.

Y había que ver el fenomenal aspecto que tenía Dombey.

Ni que las cosas le fueran del todo bien.

—Sube, muchacho.

Milton se sentó a su lado, en el mullido diván, sin saber aún bien lo que le pasaba. Todo aquello parecía formar parte del mundo irreal de sus pesadillas, del mundo absurdo de las cosas que no existían.

—Dombey… —susurró—. Hace poco tú no tenías ni un níquel. Estabas en la cárcel y con la carrera deshecha…

Dombey sonrió con suficiencia.

—Todo se arregló, Milton —dijo.

—¿Cómo se arregló?

—En primer lugar, salí en libertad bajo palabra. Ensegundo lugar, me puse de acuerdo con el fiscal y denuncié a otros miembros de la banda, a todos los elementos de poca monta del “rackett” de las drogas en elNoroeste. El trato fue que me dejarían en paz a cambiode esto.

—¿Y te han dejado?

—Sí. Ya ves.

—Pero, ¿el dinero? Tú estabas sin blanca…

—Me puse en contacto con Schiaffino. Como sabes,Shiaffino controla el comercio en todo el Oeste central.Confió en mí.

—Tú has sido siempre muy escurridizo, Dombey, pero no veo la razón de que confiara en ti. Estás marcado.

—No tanto como otros. Además, el acuerdo con el“attorneygeneral”meproporcionaunaciertainmunidad durante algún tiempo. Pero las cosas se han puestomal últimamente, Milton

—¿Mal? ¿Por qué? Este magnífico bólido parece indicar todo lo contrario.

—Hacíamosbuenasventas,peroahoranuestrosdepósitos de drogas están controladas. Hay que salvarloscomo sea y hemos pensado en ti, Milton.

—¿En mí? ¿Para qué?

Dombey sonrió. Extrajo un cigarrillo y lo encendiócon calma. La seguridad de sus gestos era total. Miltonsabía que, si uno no se ponía de acuerdo con aquellagente, le consideraban un enemigo y podía pagarlo caro. Entre eso y el aplomo que mostraba el otro, se sintió desconcertado.

Dombey dijo:

—Tú habíastenidobuenoscontactosconnosotroscuando vivías en Nueva York.

—Bah... Poca cosa.

—No tan poca cosa. Habías ocultado mercancía entupiso. Habías escondido a algunos de nuestros hombres cuando la policía los buscaba. Todo a cambio deun favor muy especial, Milton: las chicas.

Milton cerró un momento los ojos.

Cada vez que recordaba aquello aún se le oscurecíael pensamiento.

¡Qué tiempos!

¡Qué vida la de Nueva York, en los buenos años enque él era un hombre libre...!

Mil veces había lamentado la muerte de aquella preciosa muchacha que le obligó a recluirse en Secretville.Lolamentaba no por estar arrepentido, desde luego, sinoporque había frustrado bruscamente una época quepudo ser dorada y que parecía no iba a terminarse jamás.

Dombey continuó:

—A cambio de tus pequeñas ayudas, nosotros te proporcionábamosmujeresChicasjóvenes.Universitarias.Muchachas honradas. Hijas de buena familia que aúncreían en la Constitución de los Estados Unidos. Estaban prisioneras de la droga y cuando les faltaba entraban en unas crisis angustiosas, para salir de las

cualeshubieran dado todo lo del mundo. ¿Y cómo no dar unacosa tan barata y que tenían tan cerca, justo en mitadde sus cuerpos? Nosotros les decíamos: “La ración quenecesitas para la semana próxima la tiene un hombrellamado Milton, que vive junto al puente de Triboro”.Y ellas iban a buscar la ración a tu casa. ¿Pero qué tevoy a contar a ti...?

Rió silenciosamente.

Milton vaciló.

Estaba asustado.

—No me sacaréis nada denunciándome por aquello—dijo—. No podréis nada contra mí.

—Oh, muchacho...¡Quéinteligenciamáscorta tienes! Nadie pretende atacarte,sinotodolocontrario.Claroquepodríamoshacertemuchodaño,claro... Elhecho de que mi permiso de residencia en la ciudadesté tan bien falsificado, así como la documentación deeste coche, prueban que nuestra mano todavía es muylarga. Pero no se trata de eso, no... Se trata de quetenemos un helicóptero cargado de mandanga que nosabemosdónde ocultar. El helicóptero vale centenaresde millones de dólares.

Los ojos de Milton brillaron. Se daba cuenta de loque aquello podía significar. No por el dinero, sino porlas posibilidades de otra clase que se le ofrecían.

Dombey continuó:

—Me han hablado de que aquí no entra nadie. Ni lapolicía.

—Cierto...

—Me han hablado, de todos modos, de que la ciudadespeligrosa.Existenunoscuantospesquisas,aunquesean tan despistados que no se acuerdan ni de sus propios nombres. Pero más allá de las colinas existe un sitio donde se dice que hay radiactividad. ¿La hay de veras?

—No. Ya no. Lo que ocurre es que, por simple rutina, no se permite que vaya allí la gente. Y la gente nova. ¿Para qué, si no va a encontrar más que un pedazode desierto?

—¿Podrías marcar tú la ruta, si fueras junto al piloto de ese

helicóptero?

—Sí, pero...

—Ya sé lo que vas a decir: que nos verían. Pero nose trata de eso. Estoy hablando de hacerlo de noche ysin luces de situación. ¿Podrías, de todos modos, señalar la ruta?

—Claro...Llevodoscochinosañosmetidoenestehoyo. ¿Cuál es el sitio que no voy a conocer?

—Perfecto, Milton. Entonces “lo harás”.

Dombey esperaba que Milton discutiera, pero se mantuvo extrañamente sumiso. Tan sumiso que el otro preguntó extrañado:

—¿Cuánto dinero pides?

—Diez mil dólares, pero no son para mí.

—¿Para quién?

—Para una mujer llamada Elena. Ya os daré el número de su cuenta corriente. Haréis el ingreso y en paz.

—Diez mil dólares no son demasiado dinero por unservicio tan importante. No me molesta decirte que estaba autorizado para ofrecerte más.

—No pienso pediros sólo eso.

—¿Pues qué otra cosa piensas pedir? ¿Una mujer?Mira, muchacho, no compliquemos las cosas ahora. Menudo lío meter en Secretville una chica que a lo mejorse va de la lengua...

—Quiero tres.

Dombey brincó en su asiento.

—¿Tres? Oye, cada vez te estás volviendo más vicioso, so bestia...

—Déjameterminar. No iba a decir tres mujeres. Ibaa decir tres asesinos.

Las facciones de Dombey se ensombrecieron.

Musitó:

—¿Para qué?

Milton le señaló a través del parabrisas a la muchacha que acababa de salir del establecimiento y acababade reunirse con John Badford una esquina más allá.Marta estaba bien lejos de saber que Milton se habíametidoenaquelfantásticoautomóvildedocecilindros y que les observaba.

—Es un federal —dijo—. Hay que cargárselo.

—¿Y la chica?

—De ella me encargo yo.

Dombey se secó unas gotitas de sudor que habíanempezado a aparecer en su frente.

—Muchacho… —dijo—, cargarse a un federal no eslo mismo que cargarse a un ascensorista.

—Lo sé…

—Puedequeestésponiendounpreciodemasiadoalto.

—En ese caso no habrá negocio. Os buscáis otro para que guíe el helicóptero por encima de las colinashasta el sitio en que puede posar sin peligro. Os buscáis un pajarraco que conozca muy bien el lugar, quesepa situar las corrientes de aire, los focos donde aúnpuede quedar radiactividad a causa de las bombas enterradas,lospuntosdesdeloscualesunhelicópteroserá invisible por mucho que vigilen.

Dombeysemordióellabioinferior.Sabíaquenohabía en todos los Estados Unidos un lugar tan segurocomo aquél, pero al mismo tiempo eso significaba quedar de momento en las manos de Milton.

—Hecho—dijo—.Haréentraratresasesinoscondocumentación falsa. No es tan difícil.

—¿Gente segura?

Dombey sonrió mientras se encogía de hombros congesto displicente. Lo único que hizo fue señalar a Johnny a través del parabrisas. Y lo único que dijo fue:

—Reza por su alma. Si después de lo que hacen conél le queda siquiera eso...

CAPITULO VIII

Los tres hombres que al día siguiente llegaron a Secretvillelotteníantodoperfectamenteenregla:informe técnico, pase del Pentágono, control sanitario, célula de identificación. En teoría venían a hacer un trabajo que ya había sido hecho cien veces, por lo queequivalía a tirar el dinero: la medición de la radiactividad del aire. La única diferencia estaba en que aquellamedición iban a hacerla con unos aparatos muy precisos y recién inventados que llevaban en sus maletas.

Naturalmente, elcontenidodeesasmaletasnolomostraron a nadie.

Fueron al único hotel que había en Secretville, unlugar con escasas habitaciones para los transeúntes. Aveces,comocasisiempre estabavacío, se daban allícita algunas parejas, y así era fácil que uno que sacabalas maletas se encontrara en el pasillo con una chicaque llevaba la ropa en la mano. La ciudad más "seria"de los Estados Unidos tenía esas extrañas bromas.

Milton estaba en el hotel con una chica cuando losfulanos llegaron.

La despidió pronto.

En realidad había perdido el tiempo con ella, puestoque aún estaba demasiado débil parasegún qué cosas y además no le gustaba.Pero en otro sentido no había perdido el tiempo de ninguna manera.

Una vez solo, cruzó el pasillo.

Se metió en la habitaciónde los trestipos.

Estos habían abierto lasmaletas ymontabanlas"máquinas para medir la radiactividad".

Miltonjamáshabíavistounasametralladorastanenormes.

Ni tan modernas. Eran la última maravilla del siglo xx. La

"masacre” al alcance de todos. Y encima quizá las vendían a plazos. Así como hay lavadoras quetienen doce programas de lavado, estos cacharros tenían algo así como seis o siete programas para liquidar al prójimo. Tiros aislados, ráfagas, fuego seguido,silenciador,posiciónfija sobretrípode,posiciónmóvilen los brazos, teleobjetivo y aparato de rayos infrarrojos para ver de noche. En fin, sólo le faltaba que entretiro y tiro diera algún avance de los programas de televisión de la próxima semana.

Y eran nada menos que tres.

Milton murmuró:

—¿Todo listo?

—Sí. Dombey nosha dado fotografías del hombre.El mismo las obtuvo. Nos ha señalado el sitio dondevive. Esta noche acabaremos con él.

Milton sonrió.

Aquellas palabras equivalían ya a la esquela funeraria.

Por la noche, Johnny se separó de Marta y se dedicóa lo mismo que las otras noches: controlar un sectorde la ciudad mientras la muchacha controlaba el otro.La táctica que habían pensado seguir en definitiva erala de poner nervioso a Milton: en cuanto éste cometiera una imprudencia, cosa que no tardaría en hacer, estaría perdido.

Johnny se situó en el borde del desierto, cerca dedonde dos noches antes había sido destripado el*jeep*.Fue a pie para que nadie pudiera controlarle. Un coche siempre llama la atención, y en cambio un hombresolopuedeocultarseencualquiersitio.Colocadoal pie de una duna, miró la silenciosa carretera mientras remetía bien entre camisa y pantalón su revólverreglamentario.

Pensabaquenadielevigilaba.Quenadieconocíasu presencia allí. En realidad, en el sitio donde estaba,nadie podía verle.

Pero Johnny hubiera sentido algo más que asombrocaso de saber que tres hombres lo tenían ya enfocadoen el punto de mira de sus ametralladoras. Tres hombres que estaban al otro lado de la carretera y que habían empezado a movilizarse en silencio cuando él salió de su casa.

Sólo tenían que disparar.

Los rayos infrarrojos recortaban la silueta del federal nítidamente.

Pero el federal no estaba quieto, pues oscilaba entre dos dunas continuamente. Aunque las posibilidadesde acribillarle eran del noventa por ciento, quedaba unpequeño margen de posibilidades de fallar, si las primeras balas no le mataban y él podía saltar al abrigode una duna. En ese caso los tres hombres, provistosde unas ametralladoras tan pesadas, no podrían correrhaciaallíconlavelocidadrequerida,ytendríanqueretirarse antes de la llegada de la policía. El golpe habría fallado.

Por eso decidieron asegurarlo.

Uno de ellos ordenó:

—Tú, Bill. A moverse.

—¿Qué pasa?

—Baja, cruza la carretera y pídele fuego. Haz comosi fueras a la ciudad. Mientras te da fuego no sólo tendrá las manos ocupadas, sino que además no podrámoverse. Entonces nosotros dispararemos.

—Supongo que controlaréis bien la puntería, ¿eh?

—¿A ti qué te parece, pequeño idiota?

Bill se movió.

Fue a descender.

Pero en aquel momento su jefe, que estaba observando la escena por el visor de la ametralladora, ordenó:

—Espera...

—¿Qué pasa ahora?

—Alguien se ha acercado a él. Están hablando. Nosé quién demonios es...

En efecto, un hombre se había acercado a John Badford. Era el tipo más extraño, más inquietante, quizámás fantasmal que el joven había visto nunca.

Vestía de negro.

Tenía una mirada melancólica.

Parecía no dar importancia a ninguna de las cosastriviales y absurdas que ocurren en este mundo.

—Señor Badford —dijo.

Johnny se sorprendió de que le conociera, cuando enrealidad no recordaba haberle visto nunca. Pero de todos modos le saludó con una sonrisa mientras le preguntaba:

—¿Qué quiere?

—Me envía Marta.

—No sabía que Marta le conociera a usted.

—Acaba de conocerme.

—¿Y ya le envía aquí? ¿De qué se trata?

—Verá... Quiere regalarle un encendedor.

—¿Para qué? Yo fumo muy poco... Y no voy a ponerme a fumar aquí. Además tengo fósforos.

—De todos modos tómelo, señor Badford. El hombre que le pedirá fuego se ilusionará mucho si ustedse lo ofrece con esto.

Le puso en la mano un encendedor que parecía normal.Pesabaunpocomás,peroesoeratodo.JohnBadford lo aceptó de una manera maquinal, sin sabercómo reaccionar. Aquel hombre no sólo le desconcertaba, sino que tenía en los ojos una expresión extraña,una mirada que parecía desconcertarle a uno.

Bruscamente dijo:

—Adiós, señor Badford.

Y desapareció.

Fue como si se lo hubieran tragado las sombras.

Como si volara.

Claro que a unos pasos nada más de donde estabaJohnny empezaban las sombras, pero aun así no podía comprender una

desaparición tan súbita.

Entonces abrió la boca con asombro.

Si le faltaban motivos para sentirse del todo petrificado, ahora tuvo uno más.

Un individuo venía hacia él.

Era un desconocido que vestía correctamente. No llevaba armas visibles, y si las llevaba invisibles no hizoel menor gesto para sacarlas. Se situó de forma queno tapara a Johnny visto desde el otro lado de la carretera y murmuró:

—Perdone, pero he tenido una avería en mi coche.¿Cuánto me falta para llegar a Secretville?

—Apenas diez minutos. Verá las luces al otro ladode las dunas.

—Gracias. ¿Me da fuego?

El individuo se había puesto un cigarrillo en los labios. Johnny fue a sacar un sobre con fósforos, perose acordó de pronto del encendedor que le acababa deregalar el desconocido. Todo aquello parecía tener menos sentido que ver aparecer un pulpo en un ascensorde Nueva York, y sin embargo Johnny no resistió a latentación de hacer lo que aquel hombre le había dicho.Aunque quizá no le había dicho nada; no lo recordababien. Simplemente le había indicado que vendrían a pedirle fuego.

Y allí estaba.

El desconocido con el cigarrillo entre los labios lemiraba fijamente.

—Con mucho gusto —dijo Johnny.

Y pulsó el resorte del encendedor. Entonces ocurrióalgo completamente inesperado, algo que en el primermomento no pudo creer.

Aquello no era un encendedor.

Era un lanzallamas.

Nunca había visto una cosa igual.

Cuando él pulsó el resorte colocando el encendedorde la única forma que podía colocarse, una especie dechorro de soplete partió por el otro lado. La cara delhombre que estaba frente á él quedó instantáneamenteenvuelta por una nube roja.

Pero no fue sólo eso.

Resultabaimposibledecirquéclasedelíquidodeldiablo estaba saliendo de aquel encendedor.

Seextendíacomosihicieracombustibleelpropioaire. En sólo fraccionesde segundo envolvió a aquelhombre en una terrible llama.

John Badford no había visto nunca una cosa igual.Se estremeció, pero sus pies quedaron paralizados.

Tanto que las llamas estuvieron a punto de envolverle también a él.

Mientras el otro hombre lanzaba un alarido, inhumano, rodando sobre la arena entre convulsiones espantosas, Johnny se lanzó también al suelo, intentando cobijarse tras una de las colinas. Había intuido el peligro,y la verdad fue que en ese momento su intuición nofalló.

Losotrosdossicarioshabíanquedadopetrificadospor el asombro en el primer instante, pero acabaronreaccionando. Estaba claro para ellos que sólo teníanque hacer una cosa: disparar.

Apretaron los gatillos.

Las balas picotearon en silencio la arena, pero Johnny ya no estaba allí. Acababa de cobijarse tras una delas dunas y sacaba su revólver. Se pegó a la arena detal modo que sintió ésta penetrar en su boca.

Sólounhombremuyexperimentadopodíadarsecuenta de que estaban disparando contra él, pues aquellas ametralladoras tan perfectas no producían el menorruido. Noprovocabantampocoelmenorfogonazo,yaquellevabanunmodernoapagallam de la arena bruscamente removida indicaba quela estaban batiendo con algo que no era precisamenteun ventilador.

Permaneció quieto.

Incluso, por la frecuencia de aquel ruido, se dio cuenta de que era más de uno el que disparaba. Y los quefueran estaban nerviosos,

pues enviaban contra la arena un torrente de balas sin darse cuenta de que eranbalas perdidas.

Rodeó la duna y salió por el otro lado. Todo eso lohizo en menos de diez segundos, mientras los otros seguían disparando. Vio entonces a la incierta luz de lasestrellas,lassiluetasagazapadasdelosdoshombresque estaban al otro lado de la carretera.

No se anduvo con contemplaciones.

JohnBadforderauntiradorexcepcional,yahoralo demostró de nuevo. Primero apuntó a una cabeza.Instantáneamente apuntó a la otra.

Sus disparos sí que retumbaron.

Los chasquidos de las cabezas también.

Cada una de las balas había encontrado una sien ensu camino, de modo que los dos tiradores quedaron fulminados. Hundieron sus cabezas en la arena sin darsecuenta ni de que morían.

Johnny corrió hacia ellos.

Veía a lo lejos el primer individuo, que no gritabaya porque estaba muerto, mientras terminaba de achicharrarse. Pensó:

“También es casualidad... Se ha quemado todo menos el cigarrillo...”

CAPITULO IX

Si las cosas habían ido bien para John Badford enaquel momento, no lo fueron en otros, aunque en aquelmomento no podía saberlo.

Milton había dicho que él se ocuparía de la muchacha. Y lo hizo.

El no empleó tantas ceremonias.

Nonecesitabaarmasultramodernasparaacabarcon una muchacha como Marta, que además no esperaba sufrir ningún ataque.

La vio caminar por el centro de la ciudad, como sino se decidiera a meterse en uno de los dos o tres cines que había en la zona. En realidad —y Milton lo sabía bien— estaba controlando el sector de diversionesde Secretville, hacia el cual él se dirigía cada noche. Demodo que hizo justamente lo que Marta esperaba.

Pasó junto a ella.

Marta simuló no mirarle.

Pero le siguió.

Trataba de ponerle nervioso y por el momento noiba a cambiar de táctica. Los dos anduvieron una cuadra de casas con paso lento, sin que Milton se diesecuenta, al parecer, de que alguien venía tras él. Luegoentró en un callejón.

Era un callejón corto.

Estaba entre un gran garaje y un almacén. Se salíade él en seguida.

Eso fue lo que pensó Marta: que él había entradoallí para desorientarla y que saldría a toda prisa porel otro lado. En consecuencia apretó el paso para entrar ella también en el callejón y verle antes de quesaliera. No le convenía perderlo de vista.

Pero no distinguió más que las sombras.

No se dio cuenta tampoco de que Milton estaba allí,pegado a la pared.

De repente sintió un golpe en su nuca.

Fue instantáneo.

Del mismo modo que había caído la muchacha asesinada en el desierto, Marta cayó también. Pero no llegóa tocar el suelo, porque los potentes brazos de Miltonla sostuvieron en el aire.

En silencio lasacó de allí.

Pasó por detrásdeloscochesestacionados en elgaraje y utilizó una puertecilla que daba a una zona descampada. Allíestabaloquehabíasidoelprimernúcleo de Secretville, un polvorín para poder dinamitar las rocas del desierto y abrir paso en ellas. En laactualidad ya no quedaba nada en él. Resultaba un lugar tan aislado y vacío como un cráter lunar.

Naturalmente, estaba cerrado.

Pero Milton se había procurado un duplicado de lallave aquella mañana, de modo que abrió con facilidad.Nadie le veía. Introdujo a la inerte muchacha en el lugar y luego cerró.

La luz de una linterna le permitió enfocarla.

El espectáculo resultaba fascinante.

Era preciosa.

Tan preciosa que dudó de que los días de su vidale volvieran a poner delante una mujer como ella.

Riendo silenciosamente, la atóy amordazó. No ibaa sospechar nadie que estaba allí. Por otra parte, lasposibilidadesdeMartade salirdel polvorín eran tanremotas como si la hubieran metido en un cohete lunar.

Milton se pasó la lengua por los labios resecos.

Para esta mujer sí que se sentía fuerte.

Era una auténtica maravilla.

Apagó la linterna y salió. Todo estaba en orden. Ahora sólo le quedaba volver dentro de unos minutos.

Fue a un bar para beber un poco y tranquilizarse.Pese a todo, se había puesto algo nervioso.

Johnny ya debía estar muerto.

Pero quería asegurarse.

Pagó y salió.

Tomando su automóvil, fue al lugar del desierto enque sabía se habían apostado los tres asesinos. Apagólos faros, descendió del vehículo y avanzó a pie.

De pronto se detuvo.

La sensación de la muerte le envolvió.

No se veía el menor rastro de John Badford, pero encambio los tres sicarios estaban allí. Mejor dicho, unode ellos "ya no estaba". Lo que quedaba de él hubiesecabido en un cenicero.

Los otros dos tenían las sienes atravesadas por balas de idéntico calibre, lo cual indicaba que los habíaliquidado el propio Badford con su revólver reglamentario. La cosa estaba tan clara que Milton sintió el estremecimiento llegar hasta sus mismas vísceras. Estuvo a punto de caer.

Miró aquello con ojos desencajados.

No comprendía cómo podía haber fallado el golpe.

Pero al fin reaccionó.

El sudor bañaba sus facciones.

Se sentía aterrado.

No obstante apretó los puños con un gesto de decisión.

Si aquellos tres imbéciles estaban muertos, él estabavivo y dispuesto a continuar. Además, disponía de Marta. Por lo menos era seguro que ella resultaría eliminada aquella misma noche.

Y sin prisas...

Una noche es muy larga.

La haría desear mil veces la muerte antes de acabarcon ella. Y luego abandonaría su cadáver en el polvorín para que la descubriesen años más tarde, cuandoSecretville dejara de existir.

Procurando que nadie le viese, dio un largo rodeoa través de las dunas y penetró en la ciudad por otrolado.

Entonces se dio cuenta de que salía la luna. Erauna magnífica luna de invierno, tan limpia y tan redonda como una moneda colgada en el espacio. Los nubarronessehabíandisipado,lanocheestabaperfectamente clara y se podía andar sin necesidad de alumbrado artificial. Era una noche estupenda para el amor.

Lástima que en el interior del viejo polvorín no llegase a penetrar aquella maravillosa luna.

Hubiera sido un complemento magnífico para lo quepensaba hacer.

Penetró por una calle lateral. Todas las tiendas deaquel lado estaban cerradas, lo cual le pareció ridículo. No era tan tardé. Por otra parte, las puertas presentaban un aspecto sucio, cochambroso, sórdido, comosi llevaran años sin abrirse y se tuviera la intención deno volver a abrirlas jamás.

Parpadeó.

Los comerciantes de aquella maldita ciudad hacíana veces cosas absurdas. Incluso lo de Joe. ¿Quién seexplicaba lo de Joe...?

Pero a él no le importaba eso.

Avanzó.

Más allá estaba la plaza con el polvorín.

Todo vacío.

Tranquilo...

Los pensamientos de Milton giraban vertiginosamente en un círculo lleno de placeres anticipados.

El polvorín...

Marta…

El pol…vo… ¿Pero qué pasaba?

Milton se detuvo. Sus ojos completamente desencajados miraron aquello.

Tenía que ser una alucinación. Se frotó los ojos. Volvió a mirar. El sabía lo que estaba pasando por su interior, pero lo cierto era que a un espectador imparcialaquellos gestos le habrían parecido ridículos.

La plaza estaba vacía.

Del polvorín…, ¡no quedaba nada!

¡Como si no hubiera existido jamás!

¡Los ojos de Milton no veían más que la gran extensión de una plaza completamente desierta!

Dos veces avanzó unos pasos, dos veces volvióamirar en torno suyo y quedó paralizado por el asombro. La ciudad entera, de repente, le parecía distinta.Había al fondo un altoedificioquenoexistíapocoantes, pero aquel edificio estaba ya destartalado, comosi lo hubieran construido a toda prisa y luego llevaselargos años de abandono. Por otra parte, no se veíaningún vehículo. Daba la sensación de que Secretvillellevaba mucho tiempo sin habitantes. Se reconocía laciudad, “pero no era la misma”. Los ojos aterrados deMilton captaban a cada momento detalles nuevos, detalles que no era posible hubieran cambiado en unaspocas horas.

Nadie se movía en la gran plaza.

Su soledad era absoluta.

El silencio también.

Hasta que de pronto algo se movió en dirección a él.Era una mujer. De lejos le pareció que había en ellaalgo familiar, pero cuando la tuvo cerca no la reconoció. Pasaba de los cincuenta y parecía bastante avejentada. Debió ser bella en otro tiempo, pero ya no loera. Y usaba unas ropas extrañas, unas ropas que nole parecieron normales a Milton, pues eran muy delgadas y al mismo tiempo daban la sensación de ser muyresistentes,comosiestuvieranhechasconunafibrasintética acabada de inventar.

La mujer avanzó hacia él.

Dijo:

—Milton…

El entornó los párpados. Sentía frío en la columnavertebral, sentía frío desde la nuca hasta las puntas delos pies. El hecho de que aquella mujer le conociese nohizo sino aumentar su sensación de horror. No recordaba haberla visto nunca. Claro que la sombra de unade las casas, al cortar la luz de la luna, la tapaba en parte, haciendo invisibles algunos de sus rasgos, peroaun así Milton no la recordaba. Ni había motivo paraque ella lo reconociese.

¿Qué clase de trampa era aquélla?

¿En qué mundo infernal le habían metido?

¿Qué quería aquella mujer?

Ella avanzaba vacilante. Se notaba que estaba enferma. Tendía hacia Milton una mano llena de ansiedad.

Repitió su nombre.

Milton tuvo una brusca, una brutal sensación de peligro. Aquello era una trampa del diablo, una trampaque no podía comprender, pero al fin y al cabo una encerrona. Como si viese avanzar hacia él un fantasma,retrocedió un par de pasos.

La voz de la mujer dijo débilmente:

—Quieto… ¿Por qué no vienes hacia mí? Durante mucho tiempo no nos hemos visto… ¿Qué te pasa? ¿Es queya no significo nada?

Milton volvió a retroceder.

Se sentía cada vez más aterrado.

¿Qué diablos iba a significar aquella mujer para él?

¿Por qué sus ojos desorbitados le miraban de aquelmodo?

¿De dónde había salido?

Se llevó un momento las manos a la cabeza, mientras el frío llegaba hasta sus sienes. Seguro que él

estabaloco,seguroquesufríapesadillas,peroademásaquello era una encerrona, una encerrona, una encerró...

Sus pensamientos le hacían daño.

Eran como alfilerazos terribles que le atravesaban elcerebro.

Retrocedió paso a paso mientras ella avanzaba. Sedio cuenta entonces de que subía por una leve rampa.

Miró hacia atrás.

Todo aquello era muy extraño.

Parecía como si uno estuviera en otro planeta, comosi hubiera entrado en otra dimensión. Y sin embargo...,¡era tan sencillo! No cabía duda de que estaba en Secretville,puestoqueconocíalaciudadperfectamenteysólolaalterabanaquellas
Pero aquella rampa por la que había empezado asubir de espaldas poco antes, sin darse cuenta, tampoco estaba allí cuando encerró en el polvorín a Marta.Se trataba de la rampa por la que subían materialesparaunedificio en construcción, empleando el brazode una grúa metálica provista de enormes pinzas. Milton había visto muchos aparatos como aquél, pero ninguno tan perfecto. Al parecer, bastaba con mover unpequeño resorte para que la grúa se moviese. Un pequeño cerebro electrónico debía controlarla.

Grandes bloques de piedra se situaban a un lado.

Lagrúadebíalevantarlocomosilevantaraterrones de azúcar.

Mientras miraba todo aquello que no existía minutos antes, mientras Milton se hundía en las simas desu propio asombro, se dio cuenta de que la mujer subía la rampa también. Venía tras él. Seguía tendiendohacia su cara aquellas manos ansiosas.

Era absurdo, pero jamás Milton había sentido tanto miedo. ¡Miedo de una mujer...! ¿Qué daño podía hacerle?

Y, sin embargo, aquella extraña hembra significabapara él la encarnación de todas las cosas absurdas, increíbles,aterradorasqueleestabanocurriendo.Enaquella mujer se resumía la amenaza y el miedo de lanoche de luna llena. Las manos ansiosas que se tendíanhacia él eran como las manos del diablo.

Milton no lo pensó demasiado.

A él no le importaba matar.

Los enemigos vivos son los que molestan. De los enemigos muertos uno no se acuerda al cabo de diez minutos.

Este era su lema.

Por lo tanto movió el resorte de la grúa. Fue tansencillo como él, al fin y al cabo un técnico, había imaginado. Las piezas que levantaban los grandes bloquesde piedra se movieron. Fueron con insólita rapidez hacia la mujer, que chilló aterrada:

—¡Milton! —gimió—. ¡Tú no! ¡Tú noooooo…!

Aquel grito, aquel instante de pánico le hicieron perder unos instantes preciosos. Cuando se dio cuenta deque el peligro resultaba inminente, cuando intentó retirarse, ya era demasiado tarde. Una ágil mujer de veinte años hubiera saltado a tiempo, pero una que pasabade los cincuenta ya no. Las pinzas enormes la sujetaronpor la mitad. Su entramado metálico, parecido a grandes dientes que se complementaban, la apretó con lafuerza salvaje de varias toneladas.

El grito espantoso, atroz, se oyó en toda la plaza.

Pero nadie se movió. Secretville parecía deshabitadapor completo. El silencio de sus calles, de sus casas, resultaba alucinante.

La sangre regó atrozmente aquellas pinzas.

Antes de que la grúa se parara, como si el cerebroelectrónico la hubiese advertido de su error, ya el cuerpode la mujer había sido partido en dos.

La mitad inferior quedó dentro de la cuchara de lagrúa. La mitad superior, de caderas para arriba, quedóen la rampa.

Milton vio la sangre.

Sus ojos desencajados contemplaron la dantesca escena.

La sangre nunca le había asustado. ¿Cómo le iba aasustar a él, un asesino? Pero esta vez las cosas erandistintas. Esta vez sus ojos desencajados, nublados porelhorror,parecíanestarviendounaescenadelotromundo.

Se llevó las manos a la garganta para ahogar ungrito histérico. Sintiendo que las piernas se le doblaban, echó a correr. Pasó por

encima de aquel mediocuerpo ensangrentado. Atravesó el centro de la plaza.,¡por el sitio donde debió haber estado aquel polvorínque ahora no existía…!

No supo cuánto tiempo estuvo así.

Su propio sudor le ahogaba. Varias veces cayó y varias veces volvió a levantarse como un borracho.

Al fin se dio cuenta de que estaba tragando arena.

Había caído al pie de una duna, a media milla de laciudad. Sus ojos seguían desencajados, pero ahora llenos de lágrimas producidas por el miedo.

Miró en torno suyo.

Otra vez sintió aquella sensación de irrealidad.

Porque las cosas habían vuelto a cambiar. Era increíble, pero la ciudad se notaba llena de animación apoca distancia. Había tráfico en ella, había luces y desus calles surgían sonidos y hasta las músicas de losbares. Del cielo, completamente encapotado y negro, sedesprendían algunas gotitas de lluvia.

Milton se sujetó la cabeza con ambas manos.

Estaba completamente lívido.

Otra vezcomounborracho,comounlocofugitivodel manicomio, se dirigió hacia Secretville. Pero no seatrevió a entrar en ella porque estaba seguro de que leatraparían. Alguien, forzosamente, tenía que haber visto su crimen. La policía iría tras él.

Tenía que huir…

Huir…

Cruzó como un beodo la carretera que bordeaba eldesierto. Estaba a punto de llegar al otro lado cuandounfaroledeslumbró.Notóelfrenazoterribledelamoto mientras un casco blanco parecía acercarse vertiginosamente hacia él.

Milton reconoció en seguida aquel casco yaqueluniforme.

¡Era la policía!

¡Estaba perdido!

Pero el agente, que era Rodney, un tipo al cual conocía bien, le dijo con voz cargada de rabia:

—¿Qué te pasa, Milton? ¡Maldito seas! ¡Estás borracho!

Milton, tambaleándose, balbució:

—¿No…, no me detiene?

—¿Por qué voy a detenerte? Eres asqueroso, pero alfin y al cabo no has cometido ninguna falta grave.

—¿De dónde viene usted, Rodney?

—De la plaza.

—¿Del viejo polvorín?

—Sí. ¿Por qué?

Milton preguntó con voz más ronca cada vez:

—¿Y no me detiene?

—¿Por qué iba a hacerlo? No se ha cometido ningúndelito allí. Pero, oye…, ¿a ti qué te pasa? ¡No estás borracho, sino drogado! ¡Tendría que llevarte al hospital!

Milton ya no le oía.

Estaba corriendo otra vez como una liebre asustadabajo la luz oscilante de la mano.

Igual que una rata exhausta llegó a la casa de Elena.Llamó febrilmente. Ella le reconoció por la voz y porel olor, ya que seguía sin poder verle.

—¿Pero quétepasa?—balbució—.Milton…,Diossanto, ¿qué te pasa?

El cayó en sus brazos.

Estaba llorando como no había llorado jamás. Perono lo hacía de arrepentimiento, sino de miedo.

Rodó por el suelo como un muerto.

CAPITULO X

A la mañana siguiente,Dombeysepresentóallí.Dombey tenía una cara de mala uva que parecía cambiarle las facciones de sitio. Apartó a Elena, que nopodía saber quién era, y sujetó por la camisa a Milton.Este estaba en la cama y parecía no tener fuerzas parasalirdeallí.PerolosbrazosdeDombeylosacaroncomo un fardo.

Milton no se defendió.

Le faltaban energías para hacerlo, y además no seatrevíaconDombey.Sabíaquedetrásdeéstehabíamillones de dólares y docenas de pistoleros. Una agresióncontraaquelgrancaída delviciodesencadenaríauna serie de consecuencias cuyo último resultado seríaéste: el entierro de Milton tras unos funerales de tercera.

Cuando estuvieron fuera, junto a la piscina, en unpunto donde Elena no podía oírles, masculló:

—Te he buscado por todas partes, perro, ¿es queya no te acuerdas de que teníamos un compromiso?¡Tenemos que ir ahora hasta el sitio donde está el helicóptero para volar esta noche!

—Yo no me... no me siento bien.

—Soy capaz de ahogarte ahora mismo en esa piscina,malditohijodepuerca—barbotóDombey—. Llegamos a un acuerdo y vas a cumplirlo. O sales ahoramismo conmigo o tus sesos van a flotar en esa agua como me llamo Dombey.

Milton sabía que aquel tipo no hablaba en broma.Los perros de aquella clase nunca ladraban por ladrar.Poco a poco se puso en pie mientras balbucía:

—Tus hombres no acabaron con... con aquel maldito.

—Aquel maldito resultó ser más duro de lo que túdijiste—mascullóDombey—. Heperdidoportuculpa a tres de mis mejores hombres, y haré que lo pagues caro. Debiste advertirme que tenía un

arma secreta.

—¿Una qué...?

—Un arma secreta. Un lanzallamas de bolsillo, porejemplo.Algoqueningunodenosotros conocía. Sóloasí se explica que el mejor de mis pistoleros murieraabrasado.

Milton sintió una náusea.

Farfulló:

—Vamos... adonde tú quieras.

—Tengo un coche preparado en la milla tres de la carretera. Tienes que ir a pie hasta allí sin que nadie teacompañe y sinllamarlaatención.Yoirépor otrolado.

—Perfecto...

—¿Te vas sintiendo mejor?

—No —dijo Milton—. Muy... muy mal.

—Como no nos guíes de la forma que nosotros queremos, vas a pasarlo tan mal que lo que debió sentiraquel tipo abrasado será poco. Te advierto que tengoun magnífico repertorio para recompensar a los traidores. Con los últimos adelantos y las más excitantesnovedades... Si tú y la mujer que te acompaña queréisprobar alguna de ellas, estaré encantado de seros útil.

Milton se estremeció.

—No, ella no... —dijocon voz vacilante.

—¿Es que la quieres?

—Sí.

Dombey le miró con sorpresa.

—Maldito seas. Malditos sean todos tus sucios antepasados hasta la sexta generación. Tú nunca has querido a nadie jamás, pedazo de hiena.

—A ella, sí. Ella es distinta.

Dombey le empujó con desprecio.

—Pues si quieres que a esa mujer no le pase nada,empieza a moverte. Hala, mueve el pompis, cerdo. Milla tres.

Milton volvió a caminar como un borracho. Estababarbudo y ansioso. Procurando elegir los caminos solitarios —lo cual no era difícil porque la casa de Elenaestaba en un sitio aislado— llegó hasta la milla tres.

El bólido estaba estacionado allí. Tres hombres, además de Dombey, aguardaban ya en el interior.El viento frío del desierto llegaba hasta allí y empañaba ligeramente los cristales. Los tres hombres, a losque Milton no conocía, le dirigieron una mirada llenade curiosidad. Estaba claro que el aspecto del reciénllegado no acababa de gustarles.

—Nuestro guía —le presentó Dombey—. No os preocupéis; no está borracho.

Le hicieron sentar delante y rodaron por pistas deldesierto que durante tiempo y tiempo no habían sidoholladas. De vez en cuando, Dombey se detenía y consultaba un plano. Aquél plano consistía en una fotografía aérea tomada desde gran altura, desde un aparato que debía ser algo parecido a un “U-2”. Con ayudade la misma, había trazado una senda que era la queestaban siguiendo ahora.

Al fin llegaron a un punto completamente aislado enque se hallaba el helicóptero. Era un amplio modelode la Marina, comprado sin duda después de la ventamasiva de material de guerra que había tenido lugartras el cese de hostilidades de Vietnam. Cabían en éldiez hombres, pero ellos eran sólo cinco. Como la droga no pesaba demasiado, el vuelo podría hacerse en condiciones casi ideales de seguridad.

Tuvieron que esperar hasta el anochecer, pero esono les importó.

El mismo Dombey hizo de piloto. Era un tipo bienpreparado, un fulano capaz de resolver cualquier situación, de eso no cabía duda. Se remontaron hacia uncielo maravillosamente limpio y volaron hacia las colinas de arena. Pero inmediatamente Milton dijo:

—El radar, idiota.

—El idiota lo será tu padre, si es que lo has conocido —masculló

Dombey—. ¿Qué pasa?

—El radar. ¿Es que no te has dado cuenta? Si sigueselevándote te detectarán. Tienes que volar a unos cincuenta metros del suelo. Así no hay peligro.

—Lohabíaolvidado—dijo Dombey de malagana—.Está bien, gracias.

Corrigió la altura.Amuypocadistanciadelsuelovolaronhacialascolinaspedregosasquecerra horizonte, formando una especie de círculo.

—¿Es allí...?

—Sí.

No había modo de confundirse, puesto que ademásestaban junto a una de las colinas los restos calcinados del coche que él mismo estrelló. Los labios de Milton dibujaron una burlona sonrisa al sobrevolarlos.

—Gana altura.

Tenían que pasar por encima de las colinas y llegara aquella especie de circo rocoso que formaban entre ellas, un sitio donde quizá nunca había puesto los piesel hombre. El helicóptero se remontó poco a poco. Todomarchaba bien.

Dombey dijo de pronto.

—Oye...

—¿Qué?

—¿No es extraña esa luz?

En efecto, hasta entonces habían volado a la claridad del crepúsculo, que les permitía distinguir el suelobastante bien. Es decir, volaban “al ojeo”. Con las luces de situación apagadas, resultaba imposible que lesdistinguieran desde los observatorios de Secretville, donde además la vigilancia —a excepción de las pantallasde radar— estaba muy relajada.

Pero, en efecto, por encima de las colinas rocosasse apreciaba un raro resplandor. No era la primera vezque Milton lo notaba, aunque casi había llegado a olvidarlo. Se trataba de una claridad turbia, como

la quedespedirían millones de luciérnagas una al lado de otra.El fenómeno no tenía explicación, a no ser que hubiese allí un foco volcánico. Pero en ese caso habrían oídoruidos y se hubiera producido humo. Además la luzque se insinuaba no era roja, sino blanca.

Dombey masculló:

—¿Qué sabes tú de eso?

—Nada…

—No habrá ahí un puesto de observación, ¿eh? Noshabríamos metido en una buena…

—Os aseguro que no hay nada. No puede haberlo.

—¿Cómo lo sabes?

Los dientes de Milton rechinaron.

—Por los infiernos… —dijo—. Soy uno de los técnicos de confianza. Llevo ya dos años aquí…

Dombey no acababa de fiarse, pero ganó altura. Remontaron la cresta de las colinas. Vieron el fondo delpequeño valle, que resultaba completamente invisible desde Secretville, y que además los aviones no sobrevolaban debido a formarse en él bruscos remolinos de aire.

Además, desde gran altura era posible que no se hubiese visto nada.

Pero, desde la distancia a que se encontraban ellos,se veía perfectamente.

Lanzaron todos al unísono un grito de asombro.

Un grito que fue casi de horror.

Las manos de Dombey dejaron los mandos.

Lo que tenían bajo sus miradas les pareció increíble.

Y, sin embargo, no tenía nada de siniestro. Al contrario casi era hermoso. Mortíferamente hermoso…

CAPITULO XI

La visión se grabó en las retinas de Milton como unapesadilla, pero conservó la suficiente lucidez para ver alaperfecciónloqueallíhabía.Enprimerlugar,lasesquinas del pequeño valle estaban ocupadas por cuatro pequeños cañones de un raro aspecto. Eran más simples que los usados normalmente, y su boca de fuegoera más ancha. Pero lo más curioso era que desprendían una especie de neblina que era la que reflejaba laluz, produciendo aquella claridad extraña. A la distancia a que se hallaban ellos, la neblina apenas les impedía la visibilidad, pero para un avión situado a ciertaaltura toda visión directa, y no digamos toda fotografía, debían resultar imposibles.

En las paredes del valle se divisaban algunas entradas subterráneas, lo cual indicaba que bajo las colinas se extendía una verdadera ciudad, una auténticaciudad secreta, mucho más misteriosa que la presumidaSecretville.Unnúcleohabitadodelcuallasaltasautoridades del Pentágono no tenían la menor noticia.

No era sólo eso.

Lo más inquietante para los hombres que iban en elhelicóptero, lo que les pareció más irreal fue aquellaextraña nave posada en el suelo del valle. Parecía casitransparente. Cualquiera hubiese dicho que era de plástico, o quizá una mágica pompa de jabón a la que hubieran dado una forma alargada. Lo fantástico de aquella cápsula, al menos para Milton, que como técnico entendía de aquello, era el grupo motor, consistente en uncohete de reducidas dimensiones, tan reducidas que sobrepasaba en muy poco el tamaño de cuatro reactoresde avión juntos. Pero no sólo ese detalle maravilló aMilton. También le dejó boquiabierto el hecho de queaquella cápsula, por decirlo de algún modo “no tenía color”. Es decir, debía resultar inobservable a cierta distancia, pareciendo como máximo una reverberación dela luz. Por otra parte, era imposible que las pantallasde radar la captasen, pues su estructura parecía esponjosa y debía ser algo así como una materia absorbentedonde las ondas de radar se perdían, pero no

resultabanrechazadasdeningúnmodo.Esodebíaproducirunaserie de anormalidades en las pantallas, pero tan difíciles de controlar y al propio tiempo tan instantáneas(sin duda la velocidad de aquella cápsula resultaría fulminante) queningúnoperadorpodríacontrolarlas,ymucho menos atribuirles un significado. Como máximo,habrían sido achacadas a alguna alteración atmosférica.

Dombey no podía pensar en todo eso, porque no erauntécnico,perosusojos asombrados contemplabanaquello como si estuvieran viendo una serie de apariciones. Y de aquella serie de “apariciones" sacaba unasola conclusión:

La conclusión era clarísima: allí había una base yMilton les había engañado. Les había metido en unaencerrona. Confiando en la soledad de Secretville, habían ido a caer en las mismas fauces del lobo.

Dombey lanzó una salvaje imprecación.

Su mano derecha fue a la funda sobaquera. Extrajouna pistola. Los hombres situados detrás imitaron sugesto.

Milton se dio cuenta de que iban a disparar. No habría piedad para él, porque en aquel negocio la más pequeña traición se castigaba con la muerte. Alzó un poco las manos mientras suplicaba:

—Déjame explicarte... Deestoyonosabíanada...

¡NADA!

Los dientes de Dombey chirriaron.

—Y seguirás sin saberlo, muchacho —dijo—. Buenviaje.

Su índice se cerró sobre gatillo.

Los hombres que estaban tras él fueron a imitarle.

Pero en aquel momento ocurrió algo que parecía llegar desde las profundidades de otro mundo, algo queMiltonnocomprendió;ysupoademásquetampocolo comprendería nunca.Todos los que estaban en elhelicóptero, menos él, fueron alcanzados por una especie de sacudida eléctrica. Sus cuerpos saltaron de losasientos. Sus facciones se desencajaron. Sus manos arañaron desesperadamente la cabina del aparato, como sicon las últimas

fuerzas de su vida intentaran salir deallí.

Un momento después se derrumbaban.

Fue casi fulminante.

Una especie de leve chispita había brotado de loscuatro cañones a la vez. Fue casi imperceptible. Apenasuna leve vibración en la luz.

Milton se sujetó la cabeza mientras lanzaba un grito de horror, pero se dio cuenta al mismo tiempo dequeallí estaba ocurriendo algo más asombroso todavía: a él no le había pasado nada. Mientras los otroscuatro estaban muertos, él seguía en su asiento, sinsentir el menor dolor, sin notar la más mínima molestia...

De todos modos aquello iba a durar poco, porquese estrellaría de todos modos. El helicóptero descendía.¡Y él no sabía manejarlo!

Volvió a lanzar un grito de horror.

Sujetó desesperadamente unos mandos que de todosmodos no sabría emplear.

Y entonces el suceso asombroso se repitió. Parecíacomo si alguien tuviera interés en salvarle a él, sólo aél. De una forma suave, gradual, el helicóptero se fueposando lentamente en tierra.

Lo dominaban por control remoto.

Era como un gran pájaro amaestrado que obedecela voz de su amo.

Una vez posado en tierra, junto a la fantástica naveque no tenía color, la portezuela del lado de Milton seabrió. Este ya no pudo resistirlo más. Lanzó un gemidoy cayó blandamente sobre la arena.

Casi a los pies de aquel fantasma al que conocíabien.

Casi a los pies del hombre vestido de negro y queparecía haber llegado desde las profundidades del otromundo.

CAPITULO XII

Cualquiera que hubiese visto a aquel hombre vestidode negro con ojos que no fueran los ojos aterrorizadosde Milton, se hubiese dado cuenta, sin embargo, de queno era un ser sobrehumano. Más bien se trataba de untipo dulce, resignado y tranquilo, cuya mirada melancólica no indicaba el menor deseo de violencia.

Pero a Milton le pareció un fantasma llegado desdelos últimos confines del Universo. Después de lo quehabía visto, además, no le faltaban algunos motivos para ello.

Quiso hablar y no pudo. La lengua se le pegaba desesperadamente al paladar. Arañó la seca arena del desierto.

El hombre susurró:

—¿De qué se asusta, señor Milton? Está usted a salvo. Yo sólo quiero ayudarle...

—Usted..., usted —balbució Milton con voz espesa—,no ha nacido en este mundo.

—¿Y por qué no? —la voz era dulce y un poco cansada—. Formamos un pequeño grupo de iniciados, señor Milton, pero somos seres humanos. Lo único quepasa es que hemos estado en la cápsula a la tercera parte de la velocidad de rotación de la Tierra. Hemos pasado prácticamente diez años en ella. No sé por qué leparece tan extraño... Hace ya tiempo que los astronautasvivenenelespaciolargastemporadas.Nosotrosfuimos los únicos que no desconfiamos del “mensaje”,¿entiende? Yo he sido durante mucho tiempo uno delos técnicos del observatorio más importante del mundo, el de Mount Wilson. Yo no desconfié del “mensaje”... Los otros no lo creían, pero yo lo creí e investigué por mi cuenta... El resultado ha sido conocerlos a“ellos”.

Señaló hacia el interior de las oquedades abiertas enlas colinas, y de las que se desprendía también una luzirreal, aunque muy débil. Milton no quiso ni imaginarlo que había allí. Con las facciones rotas

por el miedo, con las uñas clavadas en la arena, apenas pudo gemir:

—Déjeme escapar… Por favor, déjeme escapar.

—Claro, señor Milton. Yo no le voy a hacer ningúndaño. Es usted muy libre de irse, ¿sabe? A pesar deque usted asesinó a dos de mis hijas, una en NuevaYork y la otra a poca distancia de aquí, no quiero vengarme. La moral que nos fue enviada a través del “mensaje” dice eso: que no nos venguemos. Yo sólo quieroayudarle. Váyase… Ya conoce el camino de vuelta. Váyase…

Milton, desde el suelo, le miró aterrado.

Nopodíacreerlo,peroalmismotiempoentendíaahora algunas cosas. Dos hijas… Por lo tanto dos hermanas… Ahora entendía por qué se parecían tanto…

—Lo que ocurre es que una de ellas es muy pequeña y la otra aún ha de nacer —dijo entonces inexplicablemente el hombre—. Adiós, señor Milton… Quizá, después de todo, cuando llegue el momento, USTEDNO HABRA HECHO NADA, no habrá causado el menor daño a mis hijas, porque ya no existirá… Pero esono soy yo quien debe decidirlo. No soy yo quien puede influir en los designios de Dios. Le deseo suerte…

Y ahora siga su camino, señor Milton.

El hombre calló.

Parecía más que nunca un fantasma surgido de laarena, brotado de las sombras.

Volvió la espalda y se alejó hacia la cápsula. No cabía duda de que era un ser de este mundo, porque susproporciones, su forma, su conducta, no podían engañarhasta ese extremo. ¿Pero qué había en el fondo de sucerebro? ¿Qué era? ¿QUE…?

Milton empezó a gatear sobre la arena.

Parecía una hiena herida.

Los músculos le pesaban terriblemente.

De sus labios escapaba una baba amarilla.

Así,completamente destrozado, llegó a Secretvilledoce horas después, cuando ya había caído de nuevo lanoche. Cuando sobre los

cielos majestuosos del desiertoflotaba la luna llena.

CAPITULO XIII

Lo primero que vio fue la ciudad casi vacía. En unpunto impreciso flotaba la lucecita del bar de Joe, peronada más. Todo estaba quieto, silencioso y muerto, como si de Secretville no quedaran más que unos recuerdos lejanos y unas confusas sombras.

Sedetuvo atónito, mientras sentía otra vezaquelterrible vértigo.

Vaciló, a punto de caer. Y sin embargo, él había vistoaquello antes. Había visto la ciudad vacía, con las puertas de los establecimientos cerrados, la noche en quemató a aquella mujer con las pinzas de la grúa. La noche en que no llegó a encontrar el polvorín en que estaba encerrada Marta. La noche en que...

Sus ojos pasearon atónitos por la escena.

El silencio imperaba en ella. Era un silencio que leaturdía, que poco a poco le iba dejando sin fuerzas,como si le robara la sangre.

Avanzó unos pasos más.

La luna llena lo iluminaba todo con sus resplandores casi mágicos.

A un poeta le hubiera parecido bellísima, pero a Milton le parecía horrible.

Porque aquella luz le descubría la gran plaza vacía.Le mostraba la rampa. El edificio en construcción. La...la moderna grúa.

Milton se acercó hasta allí.

Como hipnotizado.

Como un muerto al que las oscuras fuerzas del MásAllá hubiesen permitido andar.

El cadáver partido en dos aún estaba allí. Nadie lohabía tocado. Mediocuerpoaúnpermanecíatragadopor los dientes de la grúa, pero el

otro medio se mostraba claramente a la luz de la luna llena. Milton seinclinó sobre él.

Sus ojos se empequeñecieron.

Sus párpados sufrieron una sacudida.

Porque ahora veía bien lo que la penumbra de laotra noche no le permitió ver bien. Claro que si se hubiese fijado lo habría distinguido igual, pero entoncestenía demasiado miedo para fijarse. En cambio ahoracada detalle, cada línea de aquel rostro penetró por susojos.

Lanzó un gemido.

Luego un grito desgarrado partió de su garganta como si las cuerdas de ésta se estuvieran rompiendo.

Porque acababa de reconocer a aquella mujer partida en dos por su culpa.

Tenía encima veinte años más.

Se había curado de su ceguera.

Una suave cicatriz, proveniente quizá de alguna viejalesión, deformaba algo su rostro.

Pero era… ¡era la propia Elena!

¡Con veinte años más!

¡Y él la había matado!

¡El la había matado y luego había pasado la nocheen su casa con… CON ELLA!

Milton sintió que todo daba vueltas en torno suyo.

Cayó al suelo.

Sintió en su propio cerebro las zarpas de la muerte,pero una muerte que había sido creada sólo para él,que le estaban dedicando en exclusiva.

CAPITULO XIV

No supo en qué momento su cerebro empezó a funcionar de nuevo. Fue incapaz de decir qué idea hizoque se encendieran las lucecitas rojas, verdes, amarillas de sus pensamientos. Pero quizá se debió todo aaquella frase que acababa de recordar. A aquellas palabras pronunciadas por el fantasma: “Diez años en lacápsula a la tercera parte de la velocidad de rotaciónde la Tierra”.

Caído en el suelo, junto a la muerta, sintió que volvía a estremecerse de horror.

Pero, al fin y al cabo, él era un técnico. Su cerebrofuncionaba. De un modo maquinal pensó en el tiempo,en el tiempo misterioso, en esa “sustancia” que formaparte de nosotros mismos, que está en lo más hondo denuestras células y que sin embargo aún no hemos podido definir.

Sólo hemos logrado precisar algunos conceptos fundamentales, pero rudimentarios.

Por ejemplo, un día.

Un día es el tiempo que tarda la Tierra en dar unavuelta completa sobre su eje.

Nada más que eso.

Peroimaginemosquealguien,situadofueradelaórbita de atracción terrestre, por ejemplo en una cápsula como la que Milton había visto, diera dos vueltasen torno a aquel eje mientras la Tierra sólo había dado una.

¿Resultado? Habrían pasado dos días.

¿Y diez años?

Diez años habrían pasado para la Tierra, pero paraaquel ser habrían pasado veinte.

Todo eso aturdía a Milton.

Habíamomentosen que inclusole impedía seguirpensando.

Perolosconceptosteóricos, lasbasesmatemáticasestaban claras, y su cerebro seguía maquinando aunque las fuerzas fallaran. Imaginó una serie de cosas:

Por ejemplo, que el hombre con quien él habló pocoantes, hubiera recibido de verdad lo que él llamaba “elmensaje”. Es decir, un contacto con seres más inteligentes (aunque no mucho más adelantados que nosotros) y que procedieran de otra galaxia. O quizá sí queestaban mucho más adelantados que nosotros, volvió areflexionar Milton, pero los seres humanos puestos encontacto con ellos sólo podían asimilar una parte pequeña de su ciencia.

Algunos de aquellos seres humanos, como el hombrecon quien Milton habló, habían entrado en contacto conellos. Les habían señalado el sitio donde podían instalar una base.

La zona de Secretville, en tal aspecto, resultaba inmejorable.

Luego aquellos seres humanos habrían estado diezaños conviviendo en la cápsula con sus extraños amigos, “pero rodando a la tercera parte de la velocidad derotación terrestre”. Como consecuencia, al regresar habrían estado diez años fuera, pero en la Tierra habríantranscurrido treinta. Es decir, ellos llevaban un retrasode una generación. Y sus conocimientos hubieran estadotambién muy atrasados con relación a los de los terrícolas normales de no haber estado en contacto con losseres que les habían puesto en aquella aventura, y queles habían dado conocimientos mucho más adelantadosque entonces existían, por ejemplo, en los Estados Unidos.

Mientras el cuerpo de Milton seguía sin fuerzas en la arena, su cerebro funcionaba febrilmente.

Todos sus nervios vibraban.

Sentía en las sienes un insoportable dolor.

Un hombre como aquel fantasma —siguió pensandoMilton—, aquel desconocido al que podía llamar “míster X” había entrado en la cápsula con su mujer. Alcabo de unos ocho años habían tenido una hija, y dosaños después otra. Cuando volvieron a la Tierra, aquellas muchachas tendrían cerca de veinte años “terrestres”. Eran las dos que

había conocido Milton..., ¡y dequé manera!

Pero la cosa tenía otro aspecto. Si ellos habían montado en 1943, por ejemplo, al regresar los calendariosde la Tierra marcaban 1973, es decir un paso de treintaaños. Pero los recién venidos estaban sólo en 1953. Porellossolamentehabían pasado diez años. Esdecir..., ¡sus hijas no habían nacido aún! ¡O sólo había nacidouna de ellas!

Milton se llevó las manos a la cabeza.

¿Absurdo?

No tanto. Si la materia está formada por energía yla energía adopta millones de formas conocidas y seguramente millones de formas que no conocemos aún,¿qué impedía, desde un punto de vista matemático oquímico, que un proceso volviera atrás?

En consecuencia, la Tierra se encontraba en 1973,pero ellos, biológicamente, en 1953. ¡Por lo tanto, las dosmuchachas existían, y habían vuelto del espacio, teniendo una de ellas veinte años, según el calendario terrestre, y la otra poco menos! En la Tierra eran dosmujeres. Pero para sus padres una era muy pequeña yla otra aún no había nacido.

Milton volvió a sujetarse la cabeza.

¡Si pudiera definir lo que es el tiempo!

¡Si conociera el secreto capaz de hacer que ciertosprocesos biológicos volvieran atrás!

Arañó la arena.

Otras cosas le atormentaban. Había otras cosas queno lograba entender.

Por ejemplo las transformaciones del bar de Joe.

¿Por qué él lo había visto del modo que sería muchos años más tarde?

¿Por qué el tiempo no existía para él?

EnestemomentoMiltonignorabaquegranpartede su sangre era la sangre del fantasma al que habíavistoenelcráterpoco antes. Ignorabaqueporelloestaba sujeto en gran parte a sus mismas leyes biológicas. Para aquel hombre el tiempo no existía, porquele bastaba

situarse en la cápsula y rodar a dos o tresveces la velocidad de la Tierra para ganar dos o tresaños o quién sabe si diez, cada 365 días. Con ello, alvolver,habríatenidonoticiasinclusopodíahaberlasvistodesdesucápsuladecosa en la Tierra aún no habían pasado”.

La sensación de vértigo se hizo angustiosa para Milton.

Boqueó.

Ahora comprendía que no había visto a Joe, sino alhijo que Joe tendría.

Ahora comprendía que el bar que vio no era el queexistía entonces, sino el que existiría dentro de unosaños.

Ahora comprendía que la Secretville que él conocióen las noches de luna llena no era la Secretville actual,sino la que sería dentro de un tiempo.

Por eso el polvorín ya no existía.

Por eso ya no había el menor rastro de Marta.

¡El tenía la misma facultad que aquel fantasma venido del otro mundo!

Pero eso, que podía ser una suerte..., ¡era una fantástica maldición! Porque así había sabido algo..., ¡había sabido que mataría a la única mujer a la que élamaba!

¡Partiría el cuerpo de Elena en dos!

¡Y eso era inevitable!

Estaba... ¡ESCRITO EN EL TIEMPO!

Gimió.

Se destrozó la garganta con las uñas.

¿Y si él desapareciera...?

Aquel pensamiento penetró en él como un veneno,peroalmismotiempoleinfundióungranconsuelo.La pequeña parte noble que había en Milton, la mínimaporción de amor, la ternura que sentía hacia Elena, lehicieron no abandonar aquel

pensamiento. ¿Y si él moría? ¿Y si él se borraba del tiempo? ¿Qué podía pasarentonces?

Quizá las dos muchachas a las que había asesinadovivirían, porque su proceso lógico, desde el punto devista de la edad que tenían para sus padres, estaba porcumplir. Y, por supuesto, no mataría a Elena. No podría hacerlo estando ya muerto.

En consecuencia, tenía que morir. Tenía que borrarse del tiempo.

Lanzó un ronco gemido.

Sus dedos se crisparon.

Mientras todo su cuerpo se estremecía de dolor, perdió el conocimiento.

CAPITULO XV

Una mano le zarandeó. Otras manos le ayudaron aponerse en pie. Un líquido espeso y abrasador pasó através de su garganta.

Milton se puso a toser.

Las piernas casi no le sostenían, pero pudo abrir losojos. Vio entonces con asombro que estaba en la plazade Secretville, pero no el Secretville abandonado y casitétrico, sino el que aún tenía vida, animación y edificioshabitadosportodas partes. Susojosledevolvieron la imagen que la ciudad ofrecía antes de que élviera al fantasma en el desierto. Antes de que "míster X" le dejara dentro de la mente la peor de las maldiciones..., ¡la de poder conocer el futuro! ¡La de poder saber lo que estaba escrito en el tiempo!

Volvió a toser.

Una sorda angustia le dominaba.

Vio que el polvorín estaba casi frente a él. El polvorín donde él había encerrado a Marta... En cambio eledificio en construcción no existía. Ni la rampa. Ni lagrúaultramoderna.Ni, por supuesto,elcadáverdeElena.

El general Arnold apareció en su campo visual.

Tenía una expresión adusta, seca.

—Desde el accidente, este hombre no está bien —dijo—. Hay que llevarlo al hospital de nuevo.

Milton se estremeció.

—No —dijo—, al hospital no..., no hace falta.

—¿Y por qué? ¡Yo soy aquí el que manda!

—General Arnold, le ruego que...

—¿Qué es lo que has de rogarme tú? ¿Pero te dascuenta del aspecto que tienes? ¡Pareces drogado!

—General Arnold, cuando se incendien unos almacenes en la ciudad, usted..., usted no intervenga…

El rostro del militar se congestionó.

Ya estaba harto de burlas.

—Bueno... —dijo—, ni se ha incendiado nada ni tú hasde decirme lo que he de hacer. En cambio ya te dirélo que vas a hacer tú. Necesitas una especie de lavadode cerebro.

LasmanostrémulasdeMiltonseñalaronhacia elpolvorín.

—Allí hay... hay una chica —barbotó.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues yo..., yo...

Iba a confesar, lo que hubiera significado su hundimiento total. Pero en aquel momento la voz de uno delos policías que contemplaban la escena le salvó.

—Debió verla antes de perder el conocimiento —dijo—. Por suerte a esa muchacha la hemos podido salvar, ya que ha hecho falta revisar el polvorín para empezara desmontarlo. Enelfuturonoexistirá.Yasabe usted que ahí detrás se alzará un edificio nuevo yla plaza quedará despejada, general. Pues bien, hemostenido suerte. En dos años nadie había entrado en elpolvorín y nosotros hemos entrado hoy. Llevaba veinticuatro horas allí. Un poco más y no lo cuenta...

Milton sintió que se derrumbaba de nuevo. Casi arastras lo metieron en una ambulancia.

John Badford y Marta lo miraban desde lejos.

Ninguno de los dos intervino.

Sólo John bisbiseó:

—Me encargaré de vigilar el hospital. Que no escape...

* * *

Durante dos días, Milton permaneció en observación,pero fue imposible sacarle una palabra. Los médicos lehicieron análisis de todas clases y llegaron a la conclusión de que sus funciones vitales estaban muy disminuidas, aunque de momento no parecía que de ningúnmodo fuesen a entrar en crisis. Por lo tanto le permitieron que se marchara. La conclusión a que llegaronfue la de que Milton, al fin y al cabo, estaba en caminode ser un pobre loco.

Milton abandonó el hospital arrastrando los pies.

No se dio cuenta de que un hombre y una mujer levigilaban.

Tampoco le hubiese importado.

Yanadaleimportabaexceptolapropiamaldiciónque llevaba en su cerebro. No sabía que la llevaba también en su sangre.

¿Por qué el fantasma del desierto le había transmitido aquellamaldición?¿Porquéaquelhorrorestabadentro de su mente? ¿Por qué conocía el insoportablefuturo?

Marta, a unos cuarenta pasos de distancia, susurró:

—Parece que se encuentra muy mal...

—Sí... Eltratamientonodebehaberlehechomucho efecto. O quizá se han equivocado con él y lo handejado peor.

—Eso ocurre a veces, Johnny. Y tengo la sensaciónde que los médicos de Secretville no son precisamentelos mejores de los Estados Unidos.

—Dios me libre de tomarme una aspirina recetadapor ellos —murmuró Johnny.

Ella apretó los labios.

—¿Qué hacemos? —musitó.

—Ya sabemos lo suficiente para detenerle, pero prefiero esperar. Quizá él mismo nos proporcione más pruebas aún... Tengamos paciencia.

Le siguieron sin prisas y a pie, puesto que tambiéna pie iba Milton. Arrastraba los pies de tal modo queparecía como si fuera a caerse.

Pero consiguió llegar hasta la casa de Elena.

Lo vieron sentarse en un borde del jardín, sin llamar a la puerta.

—¿Esperamos? —musitó Marta.

—No. Aquí nos vería. Vamos al fondo de la calle.

Como sólo puede regresar por un sitio, le distinguiremos cuando vuelva.

—Bien,Johnny. Y de paso podemos hacer aquellagestión.

—¿Qué gestión?

Ella sonrió de una forma hechicera, maravillosa, mostrando las perfectas hileras de sus dientes.

—No me vas a decir que no te acuerdas ya, ¿eh? Setrata de la licencia de matrimonio...

Rieron un momento los dos. Fueron hacia el finalde la calle solitaria, mientras la muchacha sentía en lacintura la mano dura y cálida del hombre.

Cuando volvieron, extrañados por la tardanza de Milton en regresar, la casa estaba cerrada como antes. Seveía por una ventana a la ciega trajinando en la cocina, sin enterarse de nada.

Todo igual que antes. Todo... menos Milton.

Milton ya no estaba.

Lodescubrieronunosminutosmástardeflotandoen el agua de la piscina, con las facciones ya amoratadas. Nunca supieron si se había lanzado intencionadamente allí o era su propia debilidad la que le había hecho caer al agua.

Pero estaba muerto.

Con las manos crispadas un poco hacia arriba, comosi aún quisiera apresar un pedazo de aire, un misterioso pedazo de tiempo.

Johnny susurró:

—Dios santo...

Fue a salir de allí para telefonear en seguida. Noquería hacerlo desde la casa de la ciega, que estabacompletamente ignorante de la tragedia acaecida a dospasos. Hubiera tenido que explicárselo todo y eso erademasiado para la sensibilidad de John Badford.

Se dispuso a atravesar la cancela.

Y en ese momento el hombre de mirada melancólica, vestido denegro, quieto, tranquilo, apareció anteél. Parecía haber brotado de la mismísima tierra.

Cortó el paso a Johnny con un gesto lleno de suavidad.

—¿Me da fuego? —musitó.

Johnny arqueó una ceja.

—Usted... ¡Diablos, usted me regaló aquel encendedor! Oiga..., ¿sabe que me salvó la vida con él? ¡Es unauténtico lanzallamas! ¡Una especie de arma que nadieconocía hasta ahora! ¡Con él se podría incluso asaltarun “bunker”! ¿De dónde lo sacó?

—Notieneimportancia—dijoelhombre—.Quédeselo. Su carga está agotada y usted no podrá recargarlo.Ahora es como un juguete.

Johnny palideció.

Seguía asombrándole aquella mirada suave,melancólica del hombre, una mirada que estaba más allá deltiempo.

El desconocido mirabaelcuerpoflotandoenlasaguas de la piscina.

—Lástima, ¿verdad? —dijo—. Miltonaúneramuyjoven.

—¿Lo conocía?

—Oh, sí... Todo el mundo se conoce aquí. Y hastateníamos ideas muy parecidas.

—¿Usted y él? No acabo de creerlo. ¿Qué ideas?

—Verá... El llegó a saber algunas cosas que yo sabía... Cosas sobre el futuro, pero sin importancia.

Ciertasvisionesmíastambiénlastenía automáticamenteél. En fin, no me hagan demasiado caso. Son cosas deMilton y. mías. O, mejor dicho, "eran”. Pero últimamente hubo un pequeño error..., digamos de transmisión delpensamiento.

—¿Qué error?

—Hum... Se tratabadeun accidente... Unamujermuerta por una grúa. Repito que no me hagan demasiado caso... Eran cosas de Milton y mías. Lo cierto esque alguien que él conocía, es decir una mujer, morirádentro de veinte años destrozada por una grúa.

Puso en sus labios un cigarrillo sin encender y añadió:

—Pero la grúa la hubiese manejadoMilton...Ahora ya no la manejará, claro, porque está muerto.Ni entonces... El supo cuál iba a ser el accidente de lamujer, pero no supo ver su propio accidente, que estaba a punto de ocurrir.

Johnny tragó saliva. Estabamásestupefactocadavez.

El hombre susurró:

—Esa pastilla de jabón junto a la piscina... —dijo—.Cualquiera puede resbalar en ella y darse un golpe enel borde, perdiendo el conocimiento cuando ya está enel agua... Esterribleloqueocurreconlasciegas.Siempre se olvidan cosas en los sitios...

Y se alejó de allí. Arrojó el cigarrillo. Por lo vistoel fuego ya había dejado de importarle en absoluto.

No dirigió ni una última mirada a la piscina. En lasaguas de ésta, pese a ser de día, se producía un fenómeno poético y a la vez extraño: la luz de la luna parecía reflejarse en ellas.

F I N